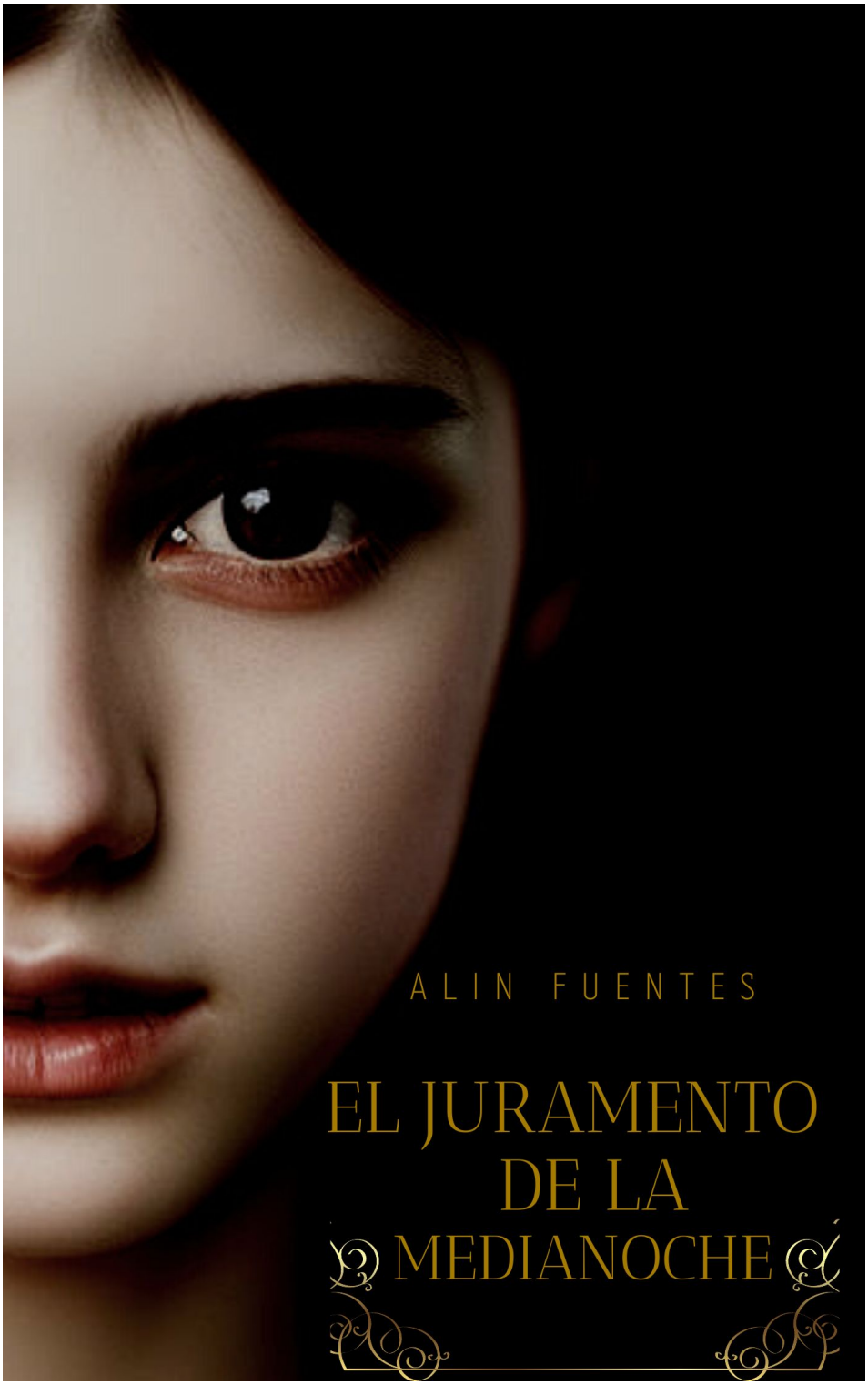
El juramento de la medianoche

Alin Fuentes



Capítulo 1

CAPÍTULO I

“Todo lo que ames quedará, el resto solo serán cenizas”.

San Agustín de Hipona.

Faltaban exactamente dos semanas para terminar las vacaciones de verano, pronto volvería a la escuela, para cursar mi segundo año como estudiante preparatoriana.

Tener dieciséis años significaba encontrarte en una edad complicada. Mi adolescencia se mantenía tranquila, así que mi mayor conflicto era no saber cuál era mi verdadera vocación.

Desde pequeña, cuando mis padres me llevaron a un concierto gratuito de música clásica, sentí una enorme pasión por convertirme en violinista. Sin embargo, nunca tuve oportunidad para aprender a tocar el instrumento.

Por otra parte, disfrutaba enseñando a mis compañeros cuando no entendían un tema. Incluso daba clases de regularización durante las vacaciones o los fines de semana.

Ingresar a mi segundo año como preparatoriana significaba demasiado para mí, pero por el momento, solo quería disfrutar los pocos días que me quedaban sin responsabilidades escolares. Después estaría demasiado ocupada con tareas, trabajos, exposiciones…

El viento frío de finales del verano soplaba con fuerza; como cada año, llovía casi todas las tardes y noches, pero ahora comenzaba a notarse el ligero cambio entre una estación y la otra. Faltaba poco para el inicio del otoño.

Amaba dejar un poco abierta la ventana para que el petricor entrara aromatizando mi habitación, incluso en mi tocador había encendido una vela aromática con olor a vainilla.

Estaba recostada cómodamente en la cama, leyendo un libro de misterio, mi género literario favorito, cuando un relámpago iluminó mi habitación, me quedé maravillada.

Los fenómenos naturales, desde muy pequeña, siempre me habían impresionado favorablemente; me parecía increíble que la naturaleza fuese tan poderosa al brindar pequeños regalos a cada momento; sin

embargo, a veces, estamos tan ocupados en otras cosas que no nos damos cuenta de ello.

A mis 16 años, era yo una chica muy centrada, seria y estudiosa, amante de las flores y de la música. Mi mayor sueño era convertirme en una reputada violinista, aunque me di cuenta que tenía una gran habilidad para enseñar a las personas, como te contaba anteriormente. Entonces, mi futuro profesional se debatía entre la música y la enseñanza. Aún no me había decido a qué hacer con mi vida; supongo que nadie, a esa corta edad, sabe con certeza lo que quiere. Incluso, era probable que cambiara de opinión con el paso del tiempo.

En la escuela, no era popular y tampoco estaba interesada en serlo, me abrumaba estar rodeada de muchas personas. Al volver de la escuela, en el metro, me sentía "engentada".

Me gustaba sentarme adelante (tanto en la escuela, en el transporte público, en el metro me subía en el primer vagón, al asistir al teatro, al cine) porque me distraía fácilmente y ya no podía concentrarme en lo que estaba haciendo; por ello, era consciente de mi situación y sus consecuencias en mi vida académica.

En la escuela, tenía dos amigas: Bianca y Aracely; las tres nos sentábamos adelante, nuestra amistad se había comenzado a cimentar el primer día que nos conocimos.

— Ivonna, es momento que te pongas a forrar las libretas, tu abuela te consiguió el papel rosa que tanto te gusta—. Mamá llamó a la puerta sacándome de mis pensamientos y lectura.

Salí emocionada de mi cuarto, directo a abrazar a mi dulce abuelita Perlita, ella me correspondió; me di cuenta lo afortunada que era al tener a una familia unida y cálida.

Nunca había visto a mis padres discutir, y ellos jamás nos habían maltratado en ninguna forma.

Mi vida no era perfecta, pero mis padres me habían mostrado a ser agradecida por las cosas que tenía, y me motivaban a hacer las cosas con disciplina y pasión.

Mi papá siempre me decía que, aunque preparara una taza de té, pusiera mi mayor esfuerzo en hacerla especial… Mamá siempre me hablaba de ser perseverante y disciplinada, haciendo enfásis en apreciar los detalles que hacen grande a este mundo.

Mientras forraba mis libretas, mamá me llevó una taza de chocolate

caliente, me abrazó y besó mi cabeza.

— Linda, recuerda apurarte porque tu papá quiere llevarte mañana a comprar ese violín que tanto has pedido. Te lo has ganado, vas muy bien en tus estudios. Estamos tan orgullosos de ti. Vas a llegar muy lejos en la vida, nosotros te apoyaremos, tenlo por seguro. Tu papá, también, quiere comentar sobre un tema que puede representar una gran oportunidad para ti, él lo habló conmigo y a mí me parece muy buena idea.

— ¿Qué tema, mamá? — Pregunté sorprendida.

— No te puedo decir mucho, me pidió guardar el secreto.

— Bueno, mamá —. No dije más continué forrando mis libretas y perforando hojas para mi carpeta. Revisé que mi agenda estuviera en orden.

Mamá se dispuso a ver su novela coreana. Al final el capítulo, me dijo:

— Nena, recuerda pasar a comprar tus bufandas, por favor ¿Sí? Ves que tu padre es tan despistado y todo se le olvida.

— Sí, mamá—. Caminé hacia ella y la abracé.

— Mi niña.

Mi nombre es Elena Ivonna Blanco, hija de Martha Alicia y Jorge Luis.

Mi hermana mayor respondía al nombre de Estefanía, ella estaba ingresando al segundo año de su carrera universitaria. A diferencia mía, era una chica bastante risueña y parlanchina, tenía una enorme facilidad para hacer amigos. Todo mundo la adoraba, ella era el sol de nuestra casa, iluminando cada momento con sus chistes y sus ocurrencias.

Mi mamá siempre había sido tan cariñosa y dulce con nosotras, era una madre amorosa, y papá era atento que nos hacía sentir como en un cuento de hadas en un mundo alterno.

Mis padres siempre me habían mostrado que el mundo tiene una cara amable y en nuestras manos está la posibilidad de hacer algo por los demás para hacer su vida más ligera.

Esa noche, como todas, cenamos en familia, escuchando la radio con los clásicos de la música de antaño.

Al irme a la cama, me sentí tan afortunada por todo lo que tenía en la

vida, realmente ya no podía pedir más. Lo tenía todo.

Antes de las doce de la noche, me quedé dormida en un sueño profundo; sin embargo, mis sueños fueron muy inquietantes…

En ellos, aparecía un chico alto con unos ojos profundos, los cuales a la luz parecían cobre líquido, yo sostenía su mano con mucha fuerza, mientras lo jalaban a él para llevárselo muy lejos. Sus ojos mostraban un enorme dolor cuando tuvo que soltarse de mi mano helada, yo solo gritaba pidiendo que todo parara. Sin poder hacer más, lo veía irse, mientras mis ojos se anegaban en llanto.

Desperté cuando Estefanía descorrió las cortinas:

— ¡Oye! Es el alba, cierra eso, quiero seguir durmiendo —. Protesté bostezando adormilada y cubriendo mi cara con las cobijas, la cama era demasiado confortable para salir, hacía mucho frío, además.

— No ¡Ya es hora, que te levantes, oso dormilón! — Me respondió riendo.

— ¡No me voy a levantar! ¡Déjame hibernar! — Grité bostezando, me di la vuelta y me quedé dormida otra vez.

Dormí tanto que me desperté al filo de la una de la tarde. Al ver la hora en mi celular, me levanté corriendo para ducharme ¡Era tardísimo! Comí solamente una taza de avena con manzana, además tenía que hacer mi parte del aseo y la comida.

Todo parecía tan normal y rutinario en mi vida; pero tenía un sentimiento extraño aquel día. No sabría describirlo, es como si fuera yo, pero a la vez no… Además no podía saber sí estaba dormida o despierta. El día me parecía totalmente sombrío.

Me sentía incompleta y vacía, aunque no tenía motivos para estar así. Por un momento, creí que iba a desmayarme, pensé en cancelar la salida con mi papá, pero a los pocos minutos me recompuse.

A las seis, sonó el claxon de un auto, era papá que ya me esperaba, me despedí de mi familia, antes de irme dije:

— ¡Las amo!

Mamá me abrazó con fuerza y susurró un “cuídate, te quiero” cargado de angustia. Miré sus ojos, parecían tan tristes; estuvo a nada de decirle a papá que nos quedáramos en casa, podíamos ir otro día a comprar el violín; hice un gran esfuerzo para animarme a salir, aunque tenía un nudo

en la garganta.

Mientras bajaba la escalera del edificio, mi incomodidad se incrementó. Un mal presentimiento comenzó a rondarme la mente sin parar, el corazón latía con más fuerza al bajar cada escalón y mis piernas temblaban.

Cuando cerré la reja, vi el auto, papá me saludaba desde ahí con una gran sonrisa. Sin embargo, la tarde grisácea, húmeda y con olor a tierra mojada, solo acrecentaba mi nerviosismo.

Las palabras "vuelve, es ahora o nunca" llegaron a mi mente, pero no hice caso a este pensamiento, lo acallé repitiéndome que estaba exagerando… Aunque, en lo más profundo de mi mente y ser, sabía que había cometido un grave error y pagaría muy caro por ello.

* * *

Al subir al auto negro, di media vuelta viendo mi edificio, pintando de alegre color melocotón y ventanas blancas con cristales oscuros.

Los enorme e imponentes pinos sobrepasaban los cinco pisos, las jacarandas aún estaban moradas aunque pronto dejarían de estarlo. Los niños jugaban alegremente en el área infantil; a esa hora, el elotero comenzaba a poner su puesto. El olor del maíz caliente llegaba a mi nariz, mi estomago rugió.

— Debí dejar encargados mis esquites, papi —. Mientras me abrochaba el cinturón, busqué un pretexto para volver a casa. Empezaba a sentirme ansiosa, mis manos temblaban, aunque me repetía "es por el frío".

El cielo estaba tan extraño. Las tonalidades grises variaban constantemente, las nubes se veían tan pesadas, anunciando una tormenta muy fuerte.

Papá puso en marcha el auto. El tráfico habitual me calmó un poco, así que nos dirigimos a una plaza comercial en donde se encontraba la tienda de música; ahí pasamos más de dos horas viendo los instrumentos. Afortunadamente, el vendedor tuvo muchísima paciencia conmigo, pues no fue fácil para mí decidirme por un violín. Todo parecía sumamente normal.

Casi a las nueve de la noche, salimos de la tienda. Yo estaba muy emocionada, mi flamante violín permanecía guardado en el hermoso estuche. Ahí me sentí poderosa, pensando en increíble que sería tocar aquel instrumento.

Pasamos por churros con helado.

Mientras bajábamos por las escaleras eléctricas, papá dijo que tendríamos que parar en una cafetería cercana, ya que tendría que recoger al hijo de su jefe, quien pasaría unos minutos en casa mientras el chófer lo recogía. El hombre se había demorado por el intenso aguacero que estaba cayendo del otro lado de la ciudad.

— Él es un muy buen chico, Ivonna. Le gustan cosas similares a las que te agradan a ti, cariño. Encargué que llevaran un pastel a la casa, ya debió de recibirlo tu mamá…

— Debe ser muy difícil ser un niño rico…

— Ivonna, no seas sarcástica. No es un "niño rico".

— Debe sufrir muchísimo con sus millones y todos los lujos en los que debe de vivir. Pobrecita alma condenada al sufrimiento —. Rodeé los ojos.

— Ivonna, ya basta. Tienes que conocer a las personas, no seas despectiva, no te educamos así… — Papá nunca me habló de aquella manera, la cual sentí grosera.

— No soy despectiva.

Para mí, fue como si ya hubiera establecido un lazo profundo con ese chico; me sentí herida, estuve a nada de echarme a llorar. No podía creer que papá estuviera sobrepasando el límite entre lo laboral y personal.

—Ivonna, querida, ¿Quieres que pasemos a comprar algo más? ¿Tacos, esquites?

— Solo recoge al hijo de tu jefe y ya. Estoy cansada, quiero llegar a casa a bañarme y dormir.

Aunque, sabía que mamá me había encargado que comprara las bufandas, ya no dije nada. Me limité a mirar por la ventana. Papá ya no insistió, debió darse cuenta que estaba muy molesta. Francamente, sentí que había sido muy grosera con mi última contestación. Estaba demasiado enojada para disculparme en el momento.

No dijimos nada más. Crucé los brazos sobre el pecho.

Papá sintonizó la radio. Las canciones eran sumamente tristes, pero el silencio era más incómodo.

La lluvia comenzaba a caer en la zona: Yo me mantenía mirando, por la ventanilla, el tránsito vehicular. Las hojas se estaban desprendiendo de los árboles volviéndose una alfombra sobre el camellón; papá se detuvo poco después tocando el claxon, un chico vestido de negro se acercó al auto, cerró su sombrilla y entró.

— Buenas noches, disculpen la demora.

— No te preocupes, hijo. ¿Te mojaste? ¿No? Me alegra —. Papá volteó a verlo mientras se acomodaba. — Mira, esta preciosa muchacha mi hija menor I…

Un camión, a exceso de velocidad, pasó tocando el claxon como poseído, por un momento me quedó tapado el oído.

— ¿Cómo puede manejar así? El pavimento está mojado. Puede causar un accidente — agregué moviendo la cabeza con total desaprobación.

A lo lejos, se escuchaba el silbato del tren. Cruzamos las vías antes que el semáforo ferroviario marcara el alto.

— ¡Qué bueno que pasamos antes! — Papá suspiró aliviado. — Estaríamos un buen rato parados ahí.

— Buenas noches, señorita —. Dijo el chico con una frialdad que me dejó pasmada.

— Hola, buenas noches. — Le respondí en el mismo tono.

Su “buenas noches” sonó como si se sintiera incómodo al estar en el mismo sitio que yo. Abrí los ojos desmesuradamente, y estuve a nada de quedarme boquiabierta. No volteé a mirarlo.

El muy mal maleducado ni siquiera se tomó la molestia de pronunciar su nombre… O sea, como si yo fuese adivina para saber cómo diablos se llamaba.

Me sentí sumamente molesta, traté de fingir que estaba bien y no me había perturbado ni en lo más mínimo su actitud; miré nuevamente por la ventana. Papá comenzó platicar con él, en el mes de diciembre cumpliría 16 años, planeaba tener un cumpleaños sencillo, al cual obviamente, estábamos invitados.

Papá, educadamente, le invitó también a la posada familiar, y yo volteé a mirarlo con una expresión sombría. Papá mantenía la atención en el camino, pensé que ya estaba pasando la línea laborar ¿Cómo se le ocurría invitar al hijo de su jefe a una reunión familiar? Por eso se llamaba

“familiar”.

— Gracias, señor Jorge, me siento honrado — respondió con menos frialdad.

Cuando estaba por abrir la boca, sentí que algo golpeaba el auto con una enorme fuerza. Traté de ver qué pasaba.

— ¡Niños, agárrense bien!

Tras el impacto, todo comenzó a girar ante mis ojos: el alumbrado público, la lluvia y los árboles oscuros… Todo fue sumamente confuso, me aferré al asiento sosteniendo el cinturón de seguridad; mi cabeza rebotó contra el vidrio, una luz blanca apareció frente a mis ojos, sentí un profundo y agudo dolor en la espalda muy cerca de la cadera.

Estaba aturdida, mareada y sumamente aterrada. Mis oídos solo escuchaban las llantas derrapando sobre el pavimento, el horrible rechinido del metal… Apreté la mandíbula tan fuerte que sangró mi labio inferior.

No sé cuántos metros más avanzamos zigzagueando hasta que el coche nuevamente recibió otro golpe violento causando que papá perdiera el control, los cristales estallaron hasta que nos detuvimos y se hizo un profundo silencio… Sentí un tirón sumamente doloroso en el cuello, todo se veía oscuro para mí, parecía que mi cuerpo estaba cayendo en un pozo profundo…

No sé cuántos minutos permanecí inconsciente, hasta que sentí una mano helada y pegajosa sobre mi cara, lejanamente escuché un murmullo lastimero que se perdía entre la lluvia:

— Hija…

Cuando abrí un poco mis ojos, solo pude distinguir borrosamente a mi padre ensangrentado tratando de hacerme reaccionar.

— Hijita, despierta…No, no cierres tus ojitos.

La voz de mi padre fue haciéndose más y más débil, yo no entendía qué había pasado; las gotas de lluvia atravesaban los filosos fragmentos de los cristales rotos. Papá me tomó la mano con fuerza y me dijo:

— Por favor— su voz se entrecortaba y respiraba agitadamente—. Sal del auto, ponte a salvo…

El sueño se apoderaba de mí. Mis ojos se estaban cerrando nuevamente, el dolor era cada vez más punzante, y mi respiración se volvió muy lenta.

Tenía frío, el frío más intenso de toda mi vida calaba en cada parte de mí ser. Mis dientes castañeaban.

Como pude, me quité el cinturón de seguridad e intenté abrir la puerta, pero mis débiles y heridos brazos no cooperaban.

— Vamos, tú puedes, chiquita.

Me frustraba no poder abrir, insistí hasta lograrlo. En mi mente confusa salir de pie parecía una buena idea, pero mis piernas acalambradas no soportaron el peso, caí violentamente sobre el asfalto encharcado.

Me quedé tirada unos segundos hasta que observé que la avenida estaba sola. Seguramente los otros autos se quedaron detenidos en el "alto" del semáforo ferroviario. Busqué mi teléfono entre mis ropas, pero lo había dejado dentro del auto, papá bajó con muchísima dificultad, oía su voz muy bajita. Me acarició la cabeza con ternura e intentó abrir la puerta trasera del auto, pero estaba tan herido que no logró hacerlo.

Mis lágrimas, por fin, comenzaron a mezclarse con las gotas de la lluvia. Maldiciendo la noche con mi incesante llanto. Entre lágrimas pude distinguir a ese chico tambaleándose, saliendo del auto. Cayó muy cerca de mí.

Ahí estaba yo… Tirada en el pavimento, en un charco de agua que se mezclaba con la sangre que brotaba de mis heridas. El dolor era insoportable, debía tener un hueso fracturado forzosamente; sabía que me había cortado la mejilla, pues sentía la forma en que punzaba cada que la lluvia me seguía golpeando sin piedad. Un relámpago iluminó la avenida.

Escuchaba muy lejano el sonido de los autos deteniéndose, pero a esas alturas ya me costaba tanto respirar… Creía que iba a morirme en cualquier segundo. El sonido de mi teléfono se escuchaba dentro del auto, pero yo no podía alcanzarlo, seguramente era mi mamá quien estaba llamando.

Papá se arrastró hacia mí, diciéndome:

— Ivonna, tienes que ayudarte, tienes que apoyarte, hija mía; tienes que ser fuerte por tu mamá, por tu abuela, por tu hermana…

Casi no lograba ver nada, la luz del alumbrado público era muy tenue para mí; y el ruido ensordecedor de los truenos solo lograba hacerme temblar más. Nunca en mi vida imaginé pasar por una situación tan terrible. ¿Por qué, sí yo sabía que algo andaba mal, salí?

Sentí su mano helada tocar la mía. Me dijo con mucha dificultad, su voz se escuchaba como un susurro:

—Ivonna, promete que vas a hacer… lo que te he pedido… Por favor... Júralo. Hija, puedes acercarte a él, por favor…Yo no puedo…

— Lo… Juro… Sí, papá— fueron las únicas palabras que salieron de mis cuerdas vocales.

Apreté su mano fuertemente, la sentí tan gélida. Me quedé petrificada, sintiendo que corazón se me detenía en ese momento… Comencé a escuchar a personas acercarse.

Las luces de los autos deteniéndose me encandilaron.

— Hubo un accidente… Hay personas heridas en el pavimento… Sí, hay dos jovencitos y un hombre.

— ¡Niña, no te muevas! — Alguien me gritó, escuché que se aproximaban a nosotros.

Solté la mano fría de papá, me arrastré con todas mis fuerzas, tenía que ser fuerte, no podía quedarme inmóvil, aunque me doliera muchísimo mi brazo.

— ¡Por favor, envíen una ambulancia y patrullas, hay un accidente! Parece que los heridos están muy graves…

Con la esperanza puesta en aquel momento, mi cuerpo ardía, punzaba y dolía, mientras temblaba de frío… Me acerqué lo suficiente a ese chico, me limité a apretar su mano, y dije susurrando:

— No te preocupes… Ya viene… la ayuda… — No sabía sí él podía escucharme, no sabía sí estaba vivo. Ya no podía decir nada. El dolor me venció.

La tormenta se intensificó en ese instante.

Todo se volvió oscuro para mí.

Capítulo 2

CAPÍTULO II

“Las lágrimas son la sangre del alma.”

San Agustín de Hipona.

No supe nada hasta que abrí mis ojos y vi una luz blanca cegadora, creí que estaba muerta: la famosa luz que te lleva al más allá.

Al intentar moverme, supe que estaba lo suficientemente herida para continuar con vida. Apreté los ojos, estaba encandilada; una fuerte punzada en la sien me hizo lanzar un leve quejido.

— ¿Ivonna? — Era la voz angustiada de mamá, al mover mi cabeza, vi borrosamente su rostro pálido y preocupado, tomó mi mano entre las suyas, lentas lágrimas recorrieron sus mejillas — ¡Gracias al cielo! Espera, buscaré a una enfermera.

Giré con suma dificultad la cabeza; pude ver, esforzándome por enfocar, que en la sala estaban otras cinco pacientes jóvenes, todas se veían bastante lastimadas, ninguna estaba despierta, escuchaba el sonido del monitor de signos vitales, me di cuenta de que tenía una cánula en la nariz, al intentar incorporarme vi que mi brazo izquierdo estaba enyesado, mi mano derecha tenía puntos de sutura.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó la enfermera, mientras me revisaba con cuidado.

— Me duele mucho el brazo. — Respondí con mucha dificultad, miré a mamá, la enfermera administraba los medicamentos analgésicos — ¿Y mi papá?

Ella me miró sin decir nada, hasta que por fin dijo algo:

— Está muy grave, hijita, se encuentra en cuidados intensivos…— Se echó a llorar, sentí que mi corazón latía con tantísima fuerza que creí iba a desmayarme, comencé a hiperventilar tratando de comprender y entender la situación en la que mi familia se encontraba.

— ¿¿¡Puedo verlo!?? — Supliqué a la enfermera, ella negó con la cabeza.

— No puedes ingresar a esa área del hospital, solo es el personal autorizado. Trata de descansar, estás muy débil, tardarás varias semanas

en recuperarte. Perdiste bastante sangre.

Comencé a llorar desesperadamente, mi papá estaba muy grave, ni siquiera podía verlo, tenía recuerdos confusos de aquella noche tan nefasta. Observaba las luces blancas del techo, quería que la pesadilla terminara ya; justo cuando estaba por hacer más preguntas, llegaron las señoras del área de cocina a llevar la comida, realmente olía delicioso. Sin embargo, yo me negaba a comer. No tenía hambre.

Tras percibir la mirada de mi mamá sobre mí, tomé la cuchara con dificultad, la enfermera me observaba con piedad.

Comencé a comer mi gelatina mientras las lágrimas manchaban mi bata, estaba realmente tan triste y preocupada por mi papá. Solo deseaba que él supiera que estaba pendiente de su estado de salud.

La hora de visita terminó, mamá se despidió prometiendo que estaría afuera del hospital hasta que papá se encontrara estable. No sé en qué momento me quedé dormida por tanta debilidad; cuando por fin desperté era pasadas las doce de la noche, no había cenado, aunque eso realmente no me preocupaba.

Bostecé volviendo a sumergirme en los sueños, hasta que escuché la voz de mi padre, abrí mis ojos instintivamente, lo vi frente a mí, se veía extraño, muy pálido. Mi corazón latía con muchísima fuerza.

—Ivonna, por favor… Tienes que ser fuerte y valiente. Tienes que cuidarte, aprovecha las oportunidades. Y por favor, cuídalo mucho, no sabes, hija… Ivonna… Hija… Él siempre…

— ¿¡Papá!? ¿Qué haces aquí…? Mamá me dijo que estabas muy delicado.

— Ivonna, mi niña, siempre he estado orgulloso de ti. Promete que vas a ser muy fuerte y cumplirás lo que te he pedido.

—Pero papi, no te entiendo en realidad… No sé de qué hablas.

—Ivonna, por favor, mi niña – dijo casi susurrando — No me queda mucho tiempo, debo volver.

Y con mis manos y voz temblorosas, le prometí a mi papá que cuidaría a mi familia y a “él” ¿Quién era “él” no lo sabía? Quizá se refería al chico que estaba con nosotros en el auto.

A la mañana siguiente, recibí la terrible noticia: mi padre había fallecido a las 00:35 de la noche, no podía creer que ya nunca podría volver a verlo,

en cuestión de minutos mi vida había cambiado para siempre.

Perder a un padre es un dolor inmenso, tenía tantos sentimientos encontrados que, no sabía ni cómo reaccionar, me limité a llorar, mientras abrazaba a mi mamá. No quería que ella también me dejara.

* * *

Mamá trataba de consolarme sumergida en su propio dolor, sus lágrimas caían sobre mi cabello, todo seguía igual en el hospital, pero para nosotras el mundo parecía haberse transformado en un lugar totalmente desconocido; frío y oscuro, en el que una opresión en el pecho era una constante.

Mamá tuvo que dejarme, prometiendo que mi abuela vendría más tarde a hacerme compañía, no quería soltarme de su mano, las enfermeras tuvieron que hacer un esfuerzo gigantesco para impedirme salir de la habitación tras ella. Me repetían que me tranquilizara porque empeoraría el estado de mis lesiones y tardaría más tiempo en recuperarme.

Yo gritaba negándome a creer lo ocurrido, exigía que me dejaran ir con mi madre, quería despedirme de mi papá, no podía dejarlo solo en su última morada.

El médico a mi cargo, visiblemente contrariado, dijo con voz firme:

— Entiendo por lo que estás pasando, te ofrezco mi más sentido pésame; sin embargo, me es imposible permitir tu salida, sufriste un grave accidente de tránsito y debes continuar bajo observación médica.

— ¡¡Le juro que tendré cuidado, déjeme salir, por favor!! — Supliqué al tiempo que temblaba.

— De verdad, lo siento, Ivonna, no puedo darte el alta, no estás en condiciones.

El médico me miró y le indició a la enfermera que me inyectara un analgésico y un antiinflamatorio. Cuando la aguja atravesó mi piel, yo comencé a llorar hipando, las lágrimas caían sobre mis heridas faciales, haciendo que ardieran, mi nariz estaba tan congestionada de tanto llorar que apenas podía respirar. Cuando intenté pararme de la cama, el dolor de mi costilla fisurada (aunque fue muy pequeña) fue insoportable, así que tuvieron que inyectarme. Era como sí me hubieran golpeado con un mazo entre la espalda y los pulmones, incluso sentí los dedos de mis pies paralizarse.

— Ivonna, por favor, cálmate. Te entendemos y quisiéramos que esto no te hubiera pasado. Lamentamos que tu papá haya fallecido, pero te pido,

como tu médico responsable, que no hagas más esfuerzos porque puedes causarte un daño mayor. No vas a salir de aquí hasta que obtengas el alta. — Miró, a la enfermera, pidiendo que llamaran a algún psicólogo o psiquiatra del área de Salud Mental. — ¿Puedes prometerme que te vas a quedar quieta y no vas a hacer movimientos bruscos?

— Sí, lo prometo — respondí hipando, agaché la mirada. — Disculpe, doctor.

— No te preocupes. En un rato regreso. Voy a atender a otros pacientes, quédate quieta, por favor.

Tras un llanto incontenible y negándome a probar bocado durante todo el día, comencé a entender lo que significaba la muerte de mi padre, no solamente jamás lo vería, también el responsable andaba impunemente por las calles. ¿Qué nos había pasado en realidad? No podía recordar con claridad. ¿Cómo fue el choque? Solo llegaba un flashback del golpe ¿Había más coches en ese momento? ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Ese muchacho continuaba con vida? Ni siquiera le vi la cara ¿Qué tan graves fueron las heridas de papá?

Alguien le arrebató la vida, dejándonos destrozados con su partida.

Apreté los labios para no gritar, el destino a veces era tan injusto, cruel e inesperado. Poco a poco, el medicamento fue haciendo efecto, aunque me sentía anestesiada.

El cansancio me venció; sin embargo, no podía dormir profundamente, en mis sueños, se repetía la escena una y otra vez:

Un estruendo, cristales rotos, la voz de mi padre, el agua de la lluvia, el dolor físico, yo diciendo que la ayuda llegaría pronto…

Al día siguiente, seguí negándome a comer, mamá no había vuelto, mi abuela estaba ahí, pero a mí ya no me importaba nada. Solo deseaba despertar de esa pesadilla, huir de esa habitación de paredes blancas, con ese sonido de monitor las 24 horas. Quería dejar de escuchar las sirenas de las ambulancias… Solo deseaba volver al pasado y jamás salir de casa ese día.

Cada hora que pasaba era una tortura, mi papá ya no estaría más para mí, nadie me llevaría a dar paseos en auto mientras escuchábamos los clásicos musicales, no habrían más tardes de verano con las ventanas abiertas. No volvería a abrazarlo, ni escuchar su voz, me harían tanta falta sus consejos.

Y la última vez que estuvimos juntos, me enojé por una tontería, desperdicié mis últimos momentos con un berrinche. Me comporté como

una niña malcriada y caprichosa. Fui indiferente con un chico que no me había hecho nada. ¿Él habría sobrevivido? ¿Cómo estaba? ¿Podría recordar algo? Pedía que él estuviera vivo, pues no soportaría saber que también hubiera fallecido.

Cuando cayó nuevamente la tarde noche, ya había cumplido más de 24 horas sin comer; un psicólogo había sido enviado para verme, pero yo me negaba a hablar, solamente miraba la pared sin dejar de llorar. Dejé de hacer escándalo desde mi conversación con el doctor.

— Ivonna, entiendo tu dolor, créeme — expresó con voz suave — No estás sola en este proceso.

Le observé sintiendo que mis ojos ardían, mi corazón latía con mucha fuerza.

— ¿Por qué la gente que amamos debe morir así? ¿Por qué deben irse así sintiendo dolor? Yo fui grosera con mi papá y ahora ya no estará más… ¡No! No quiero, ni puedo vivir con el remordimiento. Fue mi culpa.

— No ha sido tu culpa. No tienes un poder tan inmenso para ocasionar un accidente.

Me llevé la mano a la cara para cubrirme, fue en ese momento en que me quebré emocionalmente por completo, dije todo lo que sentía, pensaba, odié a la vida, al mundo, a todo.

— ¡Odio esta vida! ¡Odio todo! ¡Déjenme sucumbir ya! ¡No quiero nada! — susurré.

El mundo era demasiado aterrador, yo no deseaba vivir más en él. Solo quería morirme para estar con papá.

Mi mente era un caos, lleno de pensamientos en donde la culpa y reproches eran constantes.

Capítulo 3

CAPÍTULO III

"Es cierto que deseaba escapar; y de esta manera lo deseo todavía…"

Juana de Arco.

Mis días, en el hospital, los recuerdo como si hubieran sido parte de una pesadilla espantosa. Nunca había detestado tanto el color blanco y las luces frías.

No volví a gritar o querer levantarme por mi cuenta, pero tampoco quería nada. Estefanía me había preguntado si quería que trajera mis libros y le dije que no.

Mamá me cepillaba el cabello, trataba que yo estuviera lo mejor cuidada posible, Estefanía me acomodaba constantemente las sábanas. Yo no podía hacer muchas cosas por mi cuenta.

Mis manos y mi brazo derecho estaban llenos de moretones. Cada que era momento de cambiar el suero intravenoso, cerraba los ojos, lo mismo con las inyecciones.

Cuando me cambiaban el vendaje de las costillas, sentía una enorme opresión en el pecho y el pulmón, además sentía mucha vergüenza. Me picaba el yeso constantemente, quería rascarme, pero me recordaba que sería peor, además ¿Cómo iba a meter la mano?

El sabor amargo de las pastillas era horrible, el cual quedaba en mi boca durante horas.

En algún punto, de aquellos días, dejé de llorar todo el tiempo. Me sentía aletargada físicamente, solo quería dormir y eso lo hice. Comía por obligación, pues quería irme a casa lo más pronto posible. Deseaba salir de ahí y poder enfrentar el duelo y estar de luto. Todos se habían despedido de mi padre, yo no. Aunque hubiera intentado escapar del hospital, mis lesiones me impedían ir al sanitario sola. Tenían que ayudarme a bañarme. Aquello fue sumamente bochornoso.

Estaba llena de ira contra la vida, que me mostró su verdadera cara, la peor de todas: Dolor, injusticia y desesperación. ¿Así era el mundo en realidad y yo vivía aislada de él? Quería que alguien me diera las respuestas.

¿Cómo era posible que mi vida perfecta terminara así? ¿Qué hice mal yo?

Nunca le había hecho daño a nadie ¿Por qué a mí? ¿Por qué a papá?

Por mi edad, me encontré internada en el área pediátrica. Durante el día se escuchaban los llantos de los niños cuando los inyectaban, lo cual empeoraba mi estado de ánimo. Me cuestionaba cómo era posible que los infantes sufrieran tanto. Miraba los rostros preocupados de las madres y padres.

No socialicé con nadie, y las chicas que estaban en la misma habitación tampoco se acercaron a mí. Ellas sabían que mi padre había muerto y que yo odiaba todo. Solo pedía que un asteroide chocara contra la Tierra y acabara con el mundo. Mi expresión llena de rabia era lo suficientemente intimidante para cualquiera.

Dormía lo más que podía, estar despierta era tan difícil para mí.

Mamá era el vivo ejemplo del dolor emocional, aunque parecía más tranquila cada que los médicos le decían que yo iba evolucionando bien.

Estefanía trataba de hacerme la plática, pero yo me mantenía en un silencio sepulcral.

Después de quince días, fui dada de alta.

— Ivonna va a necesita tomar psicoterapia —. El médico responsable le comentó a mamá mientras le daba la receta e indicaciones.

Estefanía me ayudó a sentarme en la silla de ruedas. Tenía una costilla fisurada al igual que el dedo meñique izquierdo, mi brazo fracturado, un esguince cervical. Mis otras lesiones ya habían sanado.

No puedo decir que fui feliz tras irme de aquel hospital, porque sería una mentira.

Nada me importaba realmente, solo vivía para no causarles más dolor a mi madre y a mi hermana.

Un mes después del accidente, cuando me retiraron los yesos y el collarín, por fin, pude ir al cementerio a visitar a papá. Me derrumbé por completo sobre su tumba, lloré y grité hasta perder la voz, esta vez no tuve que contenerme, nadie me detuvo.

En aquel panteón lleno de tumbas de interminables nombres, en el cual ya era difícil caminar, se encontraba la última morada de uno de los seres que más había querido en la vida, el silencio era abrumador. La lápida negra, con un Cristo grande, tenía colocados dos floreros, alguien había

traído flores frescas bastante bonitas y coloridas.

— Seguro alguno de los amigos de tu papá las trajo.

Mamá comenzó a acomodar las rosas que nosotras llevamos entre las flores.

— Dame un minuto, hija, iré a sacar agua para que no se pudran tan rápido.

Prometí a mi padre que haría todo lo posible por estar bien, aunque jamás podría olvidar el dolor de su ausencia, ese me acompañaría para toda la vida.

Para colmo, alguien se había robado el violín que mi padre me regaló, junto con su reloj. Aquello fue reprobable, esperaba que el ladrón perdiera la mano y no volviera a tomar las cosas que no eran suyas.

Lloré sobre su tumba más de una hora, hasta que mis piernas comenzaron a entumecerse y mi espalda dolía, así que mamá me ayudó a incorporarme con sumo cuidado.

Había dejado atrás la etapa de ira, ahora no tenía ánimo de hacer nada, solo quería dormir eternamente.

Yo quería escapar del mundo, todo era tan gris, monótono y doloroso para mí.

* * *

Había transcurrido un mes y medio desde la fatídica noche del accidente.

Aún estaba en proceso de recuperación, si bien mi fractura ya había sanado, me costaba trabajo realizar algunas actividades; mamá me llevaba a rehabilitación y fisioterapia cada semana, desde hacía quince días.

Subir a un automóvil me causaba muchísima angustia, apenas ponía un pie dentro, ya estaba temblando al borde del llanto.

Para mí era como revivir lo acontecido: mi respiración se agitaba, mis manos sudaban y las náuseas se apoderaban de mi estómago, me sentía tan atrapada entre el metal, las llantas, los vidrios y los asientos.

No existía ni un solo minuto del día en que no pensara en mi padre, cada noche lloraba por su muerte. Tenía muchísimas pesadillas, por lo cual, al otro día estaba totalmente cansada y nerviosa. Me sobresaltaba con

facilidad.

En casa, todo había cambiado, el dolor y la tristeza eran parte del día a día, finalizaron las charlas llenas de risas sonoras, no hubo más tardes de fin de semana comiendo palomitas y viendo películas, las noches de historias de terror quedaron muy atrás.

* * *

Mamá comenzó a trabajar, mi hermana también consiguió un empleo de medio tiempo combinando sus estudios universitarios, ambas lucían agotadas todo el tiempo.

Eran principios de octubre, el otoño ya había llegado al país, el clima era cada vez más frío.

Como no había podido reinscribirme en la escuela, el antiguo patrón de mi padre se había comprometido a pagar mi colegiatura en un colegio privado.

Yo lo detestaba y culpaba (en mi mente, él era responsable de lo ocurrido, tampoco pregunté por el estado de salud de su hijo); mamá me convenció de aprovechar aquella oportunidad, yo me negaba.

Ambas teníamos puntos de vista distintos, ella me decía ese era el tema que papá quería hablar conmigo, pero consideraba que yo me opondría por estar lejos de la familia toda la semana. Para mis padres, acudir a una buena escuela significaba abrir un gran abanico de oportunidades para mi futuro, accediendo a una mejor vida.

Después de una crisis de llanto, mamá se mantuvo firme: Me inscribiría a ese colegio. Aunque me enojé muchísimo, me encerré en mi cuarto un rato y dije que no quería ir, al final, acabé cediendo.

Los recuerdos del accidente me acechaban. Tenía a miedo a que le pasara algo malo a mamá sí yo me enojaba con ella o teníamos alguna disputa. No quería perderla, por ello, tuve que aceptar a regañadientes.

Mamá me animó diciendo que papá se sentiría muy orgulloso de mí, comprendí que era de más utilidad interna que en casa, además, sentí que eso me ayudaría a superar el proceso de duelo, aunque jamás de los jamases podría olvidar a mi papá. Al menos, mamá y Estefanía no tendrían que soportar mis sobresaltos y no perdería el año escolar.

Era primer domingo de octubre cuando ingresé al Colegio de la Orden de Santa Juana.

Durante el trayecto, de una hora, de la casa hacia el internado, me mantuve muy nerviosa. Mamá me repetía que yo podía vencer mi miedo.

— No te encorves, hija. Te volverás a lastimar el cuello y la costilla.

— Sí, mamá.

— ¿Guardaste la caja de galletas que te compramos? ¿Tus libros?

— Sí, fue de lo primero que empaqué.

Aquella institución se encontraba en el Estado de México, en una zona boscosa, ventosa y a una altitud considerable.

Hacía frío aquella tarde, en que puse un pie en aquel colegio, sus enormes portones negros y sus paredes de piedra rojiza me dieron la bienvenida. El silencio era sepulcral, a donde se mirara había altísimos pinos que decoraban sus coloridos jardines, realmente estaba embobada mirando todo el sitio. En mi mundo gris, esos colores representaron algo indescriptible.

El viento movía mi cabello, mis manos se enfriaron rápidamente. El brazo izquierdo me dolió.

Uno de los guardias nos llevó a través de un camino adoquinado, sus faroles, sus setos de arrayanes le daban un aura misteriosa; en medio del patio principal se encontraba una enorme asta bandera rodeada de un pequeño jardín con bugambilias moradas. La fuente brindaba mayor tranquilidad, el aire frío me estaba golpeando la cara; mi nariz estaba empezando a ponerse roja, escurriendo por el cambio de clima, saqué el papel higiénico de mi chamarra y me limpié.

— Estarás muy bien aquí, Ivonna — dijo mi mamá en un tono tranquilo, sus ojos oscuros observaban el lugar en donde viviría. — Es un lugar bonito y calmado.

— Sí, pero te voy a extrañar, mamá — respondí haciendo una mueca de tristeza. Quería llorar.

Se paró frente a mí, dándome una sonrisa para infundirme paz.

— Todos los días haremos vídeollamada al despertar y antes de dormir, así que aún a la distancia, estaremos juntas. Además, los viernes y sábados estarás con nosotras, dos días para ponernos al día de todo, pronto será el puente vacacional.

Mamá me abrazó justo cuando nos detuvimos en el edificio de la

dirección, quedamos boquiabiertas cuando vimos aquel lugar tan sobrio.

— Diosito, ¡esto parece más una funeraria con esos colores! Se ve tan lúgubre — me susurró mamá.

—¡Sí! Demasiado tenebroso— ambas comenzamos a reírnos. Era la primera vez, en mucho tiempo que habíamos reído.

Aunque por fuera mostrase ser un lugar demasiado extraño, adentro era lo bastante confortable y cálido.

Después de realizar los trámites administrativos en aquella moderna oficina escolar, la subdirectora me dio un folder en el que estaban mis horarios de clases, un mapa de la escuela y la asignación de mi dormitorio.

— Bienvenida, señorita Elena Ivonna Blanco. El guardia le acompañará al edificio donde se localiza su dormitorio, ahí la estará esperando la prefecta.

Nos acompañó a la puerta, diciéndole a mi mamá que no se preocupase demasiado por mí pues estaría muy bien cuidada y segura. La subdirectora Villarreal nos dio la mano.

Mientras bajábamos por las escaleras, cuyo piso gris claro relucía de limpieza, mamá y yo supimos que tendríamos que separarnos; afortunadamente, los viernes, tras terminar mis clases, podría regresar a mi casa, regresando los domingos entre las cinco y seis de la noche.

Aunque solamente serían unos días, no pude evitar sentirme muy sensible, así que, al llegar al vestíbulo del edificio, comencé a llorar, nunca en mi vida había estado lejos de mi familia.

— Mami, te voy a extrañar mucho.

Ella me abrazó muy fuerte, yo lloraba sobre su suéter azul marino mientras el viento mecía los enormes pinos.

— Yo también, mi hijita, cualquier cosa, me llamas ¿Sí?, sea lo que sea sabes que tu madre siempre estará para ti. Dios te cuida y también tu papá.

Recordar a papá hizo que mi corazón se afligiera a un más.

— Mamita, cuídense mucho, te quiero—. No quería soltarme de ella, su calidez era todo lo que necesitaba.

— Yo también, mi vida, yo también.— Me acarició el cabello tiernamente.

El guardia nos acompañó hasta el edificio G, en el cual se encontraba mi dormitorio, el camino adoquinado lleno de bugambilias a los costados, lo hacía ver hermoso, mamá me tenía el brazo sostenido.

Cuando nos detuvimos ante la puerta de cristal, salió inmediatamente una mujer de mediana edad, de estatura media y cabello castaño, nos miró, acercándose, extendiendo la mano:

— Buenas tardes, usted debe ser la señorita Elena Ivonna Blanco, bienvenida al Colegio de la Orden de Santa Juana, soy la prefecta Ana María. Usted debe ser la mamá de la señorita.

— Buenas tardes, prefecta Ana María, así es; ella es mi hija, y yo soy su madre, Martha Alicia.

— Bienvenidas — ambas se estrecharon las manos. Nuevamente, mamá recibió información, incluso le dio unos folletos, así como una tarjeta con los teléfonos para comunicarse directamente con la prefecta en caso de emergencia.

— Hija, ya me tengo que ir ¿Sí? Te enviaré mensaje cuando llegué a la casa, cena y duerme bien. Te quiero.

Abracé nuevamente a mi mamá, suspirando.

— Sí, mamita, ve con cuidado, te quiero. Mándame tu ubicación, por favor —. Supliqué con la mirada.

Nos despedimos, el guardia acompañó a mamá, la vi desaparecen entre el pasillo, tomé mi maleta, mi mochila y mi bolsa, entrando al edificio, la prefecta me fue mostrando el sitio.

Del lado izquierdo se encontraba una recepción en donde se firmaba la entrada y salida de los alumnos de ese edificio, a la derecha estaba una sala de estar, cuyo enorme ventanal daba a uno de los jardínes.

Subimos la escalera, cuya iluminación cálida era bastante buena, tenía un barandal negro sobre la pared blanca, en el primer piso se encontraban diez habitaciones y una sala de estudio, en el siguiente piso se repetía la misma imagen, cuando llegamos al tercer piso, la prefecta me indicó que ahí se localizaba mi habitación, el pasillo estaba pintado en color rosa claro, las puertas eran color roble oscuro, me tocó en la última del lado derecho.

Ana María abrió la puerta, lo primero que vi fue una cama matrimonial con sus burós oscuros, un escritorio color caoba frente a la ventana con

espesas cortinas blancas, una lámpara de escritorio, un librero estaba a un lado, un tocador blanco con un espejo cuadrado en la pared rosa, del otro lado de la pared el closet había sido colocado.

— Pase, señorita, mire — dijo caminado hasta una puerta oscura — Este es el sanitario, cuenta con una ducha. La voy a dejar para que se instale, a las ocho en punto debe bajar a la sala de estar, pues irá al comedor principal a cenar con sus compañeros de grado. Posteriormente, tras terminar, deberá volver al edificio y a más tardar a la diez de la noche deberá acostarse a dormir. Con su permiso.

— Muchas gracias.

Cerró la puerta y yo lo único que pude hacer fue tirarme encima de la cama sobre el edredón color vino, era bastante confortable, la habitación era pacífica, ni un solo ruido se escuchaba. Gruesas lágrimas recorriendo mis mejillas, me sentía abandonada.

Me puse en pie, fui a la pared y encendí la luz cálida, cerré las espesas cortinas tras observar un poco de los jardínes. Abrí mi maleta comenzando a acomodar la ropa en el clóset; colgando estaban tres pares de uniformes colgados junto a los pants deportivos, dos pares de pantalones vaqueros negros, tres playeras: blanca, vino y negra de manga larga, dos pijamas, un juego de sábanas limpio, un edredón, una almohada y una cobija extras.

Bajo el escritorio, entre las repisas, habían colocado los libros de texto, cuadernos y carpetas a utilizar, pude notar diccionarios de inglés, francés, alemán e italiano, una calculadora muy moderna, una computadora portátil y varios artículos de oficina como bolígrafos, lápices, colores, marca textos…

Puse en el tocador mis artículos de belleza, mi cepillo, perfume, mi botecito de glitters y brillos labiales, un retrato de mi familia, una cajita musical, así como mi caja de ligas para el cabello.

En el cajón acomodé mi diario y libros.

Coloqué el reloj despertador en el buró derecho. En los cajones guardé la ropa interior y en el otro, mis playeras. Al terminar, metí la maleta en el clóset, dirigiéndome al baño para acomodar mi jabón, shampoo y cremas.

Me habían dejado dos pares de batas de baño, toallas para cuerpo, cabello y manos, papel higiénico, toallas sanitarias.

Olía a desinfectante, todo estaba reluciente de limpieza.

Justo estaba observando el cancel de cristal templado cuando oí un toquido en la puerta de mi habitación.

Al abrir una chica morena clara, de facciones delicadas, de pequeña estatura y cabello largo lacio sostenido por algunos pasadores, me saludó con una amplia sonrisa encantadora.

— ¡Hola! Mucho gusto, mi nombre es Violeta Sofía Alarcón, tu vecina de enfrente. Puedes llamarme "Leta".

— Hola, Violeta, yo soy Ivonna Blanco. Puedes llamarme "Ivy" o "Iv". — Ella me dio la mano sonriendo.

— Mucho gusto en conocerte, Ivy, sé que eres nueva estudiante. Bienvenida a la Orden de Santa Juana.

— Así es. Muchas gracias —. Le respondí invitándola a pasar, se sentó en el sofá que tenía.

— Te ha quedado linda tu habitación, Ivonna.

— Mil gracias.

Justo en ese momento, mamá me llamó, así que me disculpé y corrí a contestar, se encontraba ya en casa, le comenté las novedades ocurridas, ella me respondió que me llamaría a las nueve. Colgué suspirando, mamá estaba a salvo.

Leta comenzó a contarme todo sobre el colegio, incluso me puso al tanto sobre los temas de las clases y los profesores, me dio varios consejos. Poco antes de las ocho, alguien llamó a mi puerta; abrí pues Leta me avisó que su amiga Amairani Rubio se reuniría con nosotras, así fue:

Una chica alta, de tez clara, delgada, con una nariz respingona y cejas rectas, de negro cabello lacio hasta los hombros y peinada con un copete francés entró, se sentó sobre la orilla de la cama, era muy seria y educada; Leta era más risueña.

— Puedes decirme, "Amy", Ivy. Bienvenida.

Ambas chicas me parecieron amables, por lo cual me sentí totalmente cómoda.

Amairani estaba bien abrigada. Me dijo que era una persona friolenta y además padecía una rinitis vasomotora. En el otoño comenzaba a tener la nariz enrojecida.

A las ocho de la noche, bajamos a la sala de estar.

Ahí, ya estaba la prefecta junto con las demás estudiantes que habitaban en el edificio G: algunas chicas me miraron, otras estaban inmersas en sus teléfonos de alta gama, me sentí un poco fuera de lugar; sin embargo, Amy y Leta me tomaron del brazo siguiendo a la prefecta, caminamos por un pasillo techado con policarbonato.

Yo miraba todo, tratando de memorizar.

— Mira, la chica morena, peinada con una coleta alta, se llama Dayami Cabrera, ella es de Oaxaca. Cada mes trae chocolate en polvo. Dice que lo cultivan y procesan en su comunidad. No te imaginas lo delicioso que sabe y huele. Va en nuestro grupo, solo que está en el piso de abajo del dormitorio.

— También vende café. Mi mamá se volvió su principal consumidora desde hace tres años— agregó Amy. — La chica que trae un suéter rosa claro se llama Alba María Carmona, ella es originaria de Puebla, y vende dulces típicos cada semana. Sí quieres comprarle, debes buscarla temprano porque se terminan rápido.

— Te presentaremos con ellas al rato.

Nos formamos frente a la barra donde las cocineras estaban sirviendo la cena.

— ¿Qué van a pedir, niñas? — Preguntó Violeta — Yo quiero panqué de pasas y chocolate caliente.

— Yo quiero panqué de moras y chocolate también, ¿Y tú, Ivy? — Amairani se acomodó el cabello.

— Lo mismo que ustedes, un panqué de moras estaría bien—. Respondí mirando el menú, cabe recalcar que olía delicioso el comedor.

— Pidamos un tazón de fruta ¿Les parece? — Sugirió Amairani, mientras yo observaba todo a mi alrededor— . Mira, Ivy, nuestra mesa es la que está junto a la palma de allá, Violeta y yo siempre nos sentamos ahí.

Tomamos una charola, Leta pidió nuestra cena y nos fuimos a la mesa, estaba empezando a degustar el esponjoso panqué, el chocolate caliente me recordó al que preparaba mi abuelita, me dio muchísima nostalgia, quería estar en casa.

Una chica se sentó, en la otra mesa, llorando mientras sus amigas

trataban de consolarla.

— Maximiliano es un imbécil — respondieron. — Es odioso.

— Se cree mucho solo porque es hijo de alguien “muy importante”.

Puse cara de interrogación, así que Violeta respondió mi duda, inclinándose hacia mí:

— Maximiliano Izaguirre es un chico de nuestra clase. Es realmente anormal, nadie sabe cuál es su familia, muy rara vez socializa; en clases es de los más aplicados, pero hay chicas que creen que pueden “conquistarlo”, ahí tienes un ejemplo. Piensan que es un “príncipe de hielo” que cambiará por ellas — hizo un gesto con la ceja.

— Lo conozco desde secundaria y siempre ha sido muy extraño, es una persona con una vibra muy pesada, eso que yo no creo en esas cosas…— Amairani puso una mueca rara, mientras miraba su taza de chocolate.

— Sí, es inaudita su personalidad. Su amigo Samuel también es como él, no habla mucho, su expresión es de “odio la vida”. Tienen cara de funeral.

Según lo que, Violeta y Amairani, me contaron fue que la chica que estaba llorando, llamada Anahí Rangel, llevaba mucho tiempo insistiéndole a Maximiliano, pero él jamás había mostrado ni el mínimo interés. Es más, ni le hablaba, ni miraba.

Al terminar de cenar, las chicas y yo pusimos los trastes sucios en la bandeja, separamos las servilletas que depositamos en el bote de basura, fuimos a otra barra a entregar la bandeja agradeciendo por los alimentos a la chica que estaba ahí, ella nos sonrió deseándonos buenas noches.

Estábamos por llegar a nuestro edificio, cuando vimos a dos chicos caminar hacia nosotras, fue ahí cuando sentí que uno de ellos me observaba con desprecio.

— ¡Diablos, ese de ahí, el de la sudadera blanca es Maximiliano, el otro es Samuel! — Musitó Amairani muy cerca de mi oreja—. No los mires, sigue como sí nada pasara.

— ¡Qué manera de terminar el fin de semana con ese par de inexpresivos chocantes!

Pasaron juntos mostrando su frialdad, como si ellos fueran los reyes del mundo y el resto sus esclavos, sentí una sensación de pánico y miedo, empecé a temblar. Tuve un horrible presentimiento, algo dentro de mí

decía que huyera sin detenerme.

— ¿Ivy? ¿Te sientes bien? — Amairani y Leta se detuvieron frente a mí — ¡Estás temblando! ¿Tienes frío?

Otras compañeras que venían tras de nosotras también preguntaron sí me pasaba algo.

— Estás muy pálida, chica — una chica peinada con una enorme coleta y un moño negro me tomó del brazo tembloroso— ¡Está helada de sus manos!

— ¿Qué le pasó, Leta? — cuestionó otra chica de cabello rubio rizado.

— No sé, de pronto empezó a temblar.

Las chicas me llevaron a sentarme a una banca de acero junto a un pequeño quiosco que vendía té y postres, desde ahí pude observar que el camino tenía muchos arrayanes, además de los enormes pinos.

— ¡No puede ser, viene de nuevo Maximiliano! — Las chicas murmuraron — ¿Por qué no se va de nuestra escuela?

— ¿No se enteraron del chisme? Hace rato, Anahí Rangel quería declararle su amor, él se puso los audífonos y caminó ignorándola.

— ¿Quién en su sano juicio se enamora de él?

— Realmente él es algo. Apenas ve a alguien mal y muestra sus verdaderos colores.

— ¡Lo detesto! — Exclamó alguien lo suficientemente alto para que él escuchara.

Sus ojos oscuros como carbón se cruzaron con los míos, sentí un escalofrío en el cuerpo, mi mente decía “Huye, huye”.

No sé cómo fue, pero me eché a correr llorando, solo deseaba escaparme, quería estar en mi casa, en mi cama. Rebasé a Maximiliano, corrí lo más rápido que mis piernas podían, mi corazón latía impresionantemente.

— ¡¡Ivonna!! ¡Espera! — escuché la voz de Leta, también pasos presurosos que me seguían.

— Wow! Esa chica es nueva y ya fue víctima de Maximiliano. Ha roto un nuevo récord el muy desgraciado.

Yo solo deseaba esconderme, escapar del maldito mundo y nadie supiera nada de mí.

¿Por qué no podía encontrar la forma de regresar a aquel fatídico día? Yo solo quería volver en el tiempo y salvar a mi padre. Ya no quería el presente que estaba viviendo.

Capítulo 4

CAPITULO IV

“No voy a desaparecer.”

Juana de Arco.

Amairaní corrió tras de mí alcanzándome justo antes que me desplomara sobre mis rodillas, estaba hiperventilando al tiempo que lloraba, el frío piso causó que mi rodilla izquierda doliera, Leta llegó un poco después.

— Se ve palidísima. — Una chica se ofreció a llamar a la prefecta.

Las otras estudiantes me ayudaron a llegar a uno de los sillones de la sala, en donde me recosté, ellas se sentaron en los otros, Leta aumentó la temperatura del lugar, pues sintió mis manos muy frías tal y como Serafina le había dicho.

— Chicas, ella es Ivonna Blanco. Es nueva, acaba de unirse a la Orden de Santa Juana; por favor, cuiden de ella.

— Bienvenida a la Orden de Santa Juana— dijeron al unísono.

Aquellas chicas desconocidas me miraron preocupadas, pues yo estaba sudando; me sentía muy mal, no paraba de temblar.

— Parece que tiene un ataque de pánico— comentó alguien con un extraño acento.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que volvió la chica, acompañada por la prefecta y la médico de guardia del colegio.

Después de revisarme, la médico me ayudó a subir a mi habitación, ahí fui a lavarme los dientes y la cara, mientras ella acomodaba mi cama para que pudiera descansar, encendió las lámparas y apagó la luz alta.

— Ivonna, tuviste un ataque de ansiedad… Contamos con una psicóloga en caso de que desees recibir terapia… Siento mucho la muerte de tu padre. No tengo palabras para reconfortarte, pero no estás sola, cuando desees platicar, puedes acudir al consultorio. Ahora prepárate para dormir y descansa, ha sido un día muy largo para ti. No te preocupes, te daré un justificante para que mañana no asistas a clases, debes recuperarte, el martes ya podrás integrarte a tus actividades. Bienvenida a la Orden de Santa Juana.

— Muchas gracias, doctora — respondí con un nudo en la garganta.

— Buenas noches, Ivonna, descansa, estaré muy pendiente de ti. Lo prometo.

— Mil gracias, buenas noches, doctora.

Cuando mamá me llamó, dijo que probablemente era causado por la tensión emocional, escuchar sus palabras me reconfortó. Mamá, a la distancia, cuidaba de mí.

Me puse el pijama, me tapé con las cobijas y el mullido edredón, la temperatura era muy agradable en aquella habitación, comencé a cabecear y sin darme cuenta, caí profundamente dormida.

Desperté a las diez de la mañana pues alguien estaba llamando a mi puerta, me levanté bostezando, arrastrando las pantuflas, un poco desorientada. Hubiera deseado amanecer en casa y no en ese colegio.

— ¡Van!

Al abrir la puerta, me encontré con la presencia de la prefecta Ana María, quien me miraba con seriedad.

— Buenos días, señorita. Prepárese para bajar a almorzar con sus compañeros en treinta minutos, vaya directamente al comedor, por favor.

—Gracias — respondí contrariada.

— Se ve con mejor semblante que anoche. Después de desayunar, acuda a la enfermería, ahí la examinarán. A las tres de la tarde, volverá a bajar a comer, por favor. Use el uniforme, aunque no acuda a sus clases. El único día que pueden usar vestimenta civil es el domingo, por ser el día en que regresan al Colegio.

La prefecta me indicó que mi horario de clases estaba en el cajón del escritorio junto con mi gafete, y credenciales de estudiante y biblioteca.

Cuando terminé de hablar con la prefecta, inmediatamente cerré la puerta de mi habitación, me estaba costando trabajo familiarizarme con las instalaciones; sin embargo, me agradaba la inmensa paz.

Tendí rápidamente la cama, fui a lavarme la cara y dientes, me aseé con toallitas húmedas. En la primavera y verano me bañaba dos veces al día: por la mañana y por la noche, pero en los meses fríos, me bañaba en la noche.

Por primera vez, desde el accidente, me miré detenidamente en el espejo: Había perdido peso, mi nariz un poco respingada, mis mejillas antes eran más redondas, yo tenía un pequeño lunar en el lado izquierdo del pómulo, mis ojos oscuros de forma redonda eran grandes y sumamente expresivos, pero ahora solo mostraban tristeza, se veían llorosos. Mis labios eran medianos y pálidos. El cabello oscuro un poco ondulado caía cinco centímetros debajo de los hombros. Era una chica que medía 1.64. Suspiré. Realmente me veía desmejorada.

Fui al clóset a descolgar el uniforme.

La falda plisada negra estaba impecablemente planchada, el suéter gris oscuro con sus botones negros hacia juego con el moño de la blusa, el chaleco y las mallas negras, los zapatos escolares eran muy cómodos para ser nuevos, me encantó su suela anti derrapante. Mamá y papá siempre me decían que lo más importante en un zapato, aparte de la comodidad, era la seguridad de la suela.

Acomodé mi pijama en el clóset, entré otra vez al baño para ponerme crema en la cara, mi maquillaje era glitter tornasol y brillo labial con aroma a cereza. Peiné mi cabello en una coleta muy alta, la cual enmarcaba mi rostro; los broqueles de plata que papá me regaló eran mi accesorio preferido, mis pulseras tintineaban en mis manos, en mi bolsa cruzada negra llevaba mi teléfono, agenda y cartera. Me veía bastante presentable y un poco más saludable.

Me rocié con perfume con aroma a algodón de azúcar, vainilla y berries; abrí la ventana del baño, dejé entreabierta la ventana de mi habitación y salí cerrando la puerta tras de mí, guardé la llave en mi bolsa. Estaba nerviosa, no sabía qué iba a pasar ese día. Me pregunté cómo hubiera sido sí papá estuviera vivo ¿Yo estaría en el colegio o me hubiera quedado en mi antigua escuela?

Le envié un mensaje a mamá, que me deseó un gran día, me reconfortaba pensar que, aún a la distancia, estábamos unidas. Omití decirle que Maximiliano me daba miedo, no deseaba preocuparla más.

Bajé las escaleras, tan nerviosa, aunque ya llevaba horas en el colegio, no dejaba de ser la alumna nueva. Me tomé de las manos.

Salí del edificio, el cual olía impresionantemente a limpiador de pisos, relucía de limpieza en cada esquina. El aroma me hizo estornudar.

A la luz del día, por fin pude observar el hermoso y pacífico corredor que llevaba al comedor, me parecía totalmente irreal estar internada en un lugar así.

Cuando entré, una de las chicas encargadas, me invitó a elegir mi refrigerio, observé tazones de fruta, barras de cereal, yogurt, gelatinas, croissant rellenos, agua y té. Fui la primera en llegar.

Como el día era soleado, decidí pedir fruta, una barra de cereal y yogurt. Desde la muerte de papá, me costaba comer. Habían alimentos que me producían nauseas, así que los evitaba.

Mientras esperaba que la encargada pusiera mi pedido en mi charola, vi que contaban con un mostrador con pan dulce y repostería.

Agradecí mientras sostenía mi charola, me puse en marcha a la mesa que Amairani y Leta indicaron que era la suya; justo en ese momento, una chica pelirroja, bastante alta, de delicadas facciones, piel pálida como la porcelana y ojos azules cruzó en mi camino, fue como sí yo no existiera, ni siquiera me dirigió su mirada fría.

Me senté, esperando que llegaran mis amigas. La pelirroja comenzó a comer sin decir una palabra, se sentaron junto a ella dos chicas (que parecían asiáticas), quienes reían mientras veían sus teléfonos.

Mi atención se desvió hacia un chico alto, moreno claro, labios y nariz delgados, mentón afilado, de cabello oscuro y actitud seria, quien me observaba desde el mostrador de la repostería, le sostuve fijamente la mirada hasta que noté que, aquella belleza masculina, era Maximiliano. Nuevamente sentí miedo, al mismo tiempo, que el escalofrío recorría mi espalda. Una gota de sudor frío recorrió mi frente. Sentí náuseas.

Me dedicó una sonrisa escueta, tomó su pedido y se sentó; en ese momento llegaron Amairani y Leta con más compañeros, las chicas me saludaron y yo hice lo mismo.

— ¿Cómo sigues, Ivy? — Amairani estaba peinada con el cabello suelto sostenido por una diadema — ¿Te sientes mejor?

Asentí con la cabeza.

— Ay, huele muy rico tu perfume. Hueles a galletas azucaradas — dijo Amairani.

— Ivy, tras el refrigerio tenemos una hora libre, ¿Quieres caminar y conocer las instalaciones? — Propuso Leta.

— ¡Ay, sí! Di que sí. Querida, apenas terminemos te vamos a invitar unas galletas deliciosas que venden en el kiosco, te aseguro que no habrás probado algo más delicioso en la vida — sugirió Amairani— Hemos tenido

unas clases aburridísimas el día de hoy.

Leta revolvía su yogurt de frutos rojos con la cuchara, Amairani vaciaba el contenido de un sobre azúcar morena en su té herbal.

Maximiliano se volvió a poner de pie, nunca me di cuenta cuando llegó su amigo; se dirigió directamente al mostrador de repostería.

— ¿Cuándo se largará Maximiliano de este colegio? — Murmuró Leta mostrando la enorme irritación que le causaba su presencia. — Desde jardín de niños, he tenido que soportarlo. No olvidó todas las que me ha hecho, un día juro que voy a ajustar cuentas con él.

— Ivy, la chica pelirroja que está en la otra mesa — giré discretamente fingiendo observar el ambiente en el comedor, mientras Amy hablaba— se llama Anastasiya Nóvikova, es una chica rusa. Está becada desde la secundaria, no tiene padres; su única familia es la abuela y hermana menor que viven en San Petersburgo. Las chicas que están ahí son sus amigas, son las surcoreanas Ji Yeon y Si Yeon, también son becadas aunque ellas llegaron desde muy chiquitas a México, llevan aquí desde primaria; las tres son de las estudiantes más destacas de nuestro colegio.

— Anastasiya es una de las personas que más detesta a Maximiliano. Se podría decir que es su principal enemiga, sí por ella fuera, él se encontraría en un cohete espacial rumbo al centro de la galaxia — Leta finalizó.

—Ja, ja, ja — reí. Me dio una punzada en las costillas.

Maximiliano pasó cerca de mí, pude oler su perfume, el cual me hizo estornudar en tres ocasiones. Sentí como si me hubieran golpeado en la nariz.

— Salud — contestaron las chicas.

— Gracias — dije con voz nasal. Mis ojos lagrimeaban.

— Se bañó en perfume, de maldad, el muy miserable — añadió Amy.

— Creo que Anastasiya y Alexander son dos de las personas que más odian a Maximiliano.

Tras él, se acercó a nosotras el encargado del mostrador de repostería con un mini pastel, de chocolate oscuro, cerezas, fresas y nueces, empaquetado.

— Disculpen, es para usted, estudiante.

— ¿Para mí? — pregunté desconcertada cuando me señaló. — Yo no he pedido nada…

— Espere… ¡¿Qué?! — Leta estuvo a punto de atragantarse, era obvio que la situación no era nada normal.

— ¿Quién lo envió? —Amairaní estaba en el mismo estado estupefacto que yo.

El chico colocó el pastel empacado en la mesa, y volvió al mostrador encogiéndose de hombros, sentí que alguien estaba pendiente de mis movimientos, giré mi cabeza hacia el frente, ahí Maximiliano me estaba dedicando otra sonrisa cínica.

— ¿Saben? Estoy pensando que quizá alguna de las niñas de nuestro dormitorio lo envió, pues casi todas vieron lo que le pasó a Ivy, probablemente haya deseado darle un lindo detallito.

— ¡Ah! Tiene cierta lógica. Puede que haya sido Serafina, fue la chica que se ofreció a ir por la prefecta. Ella es muy linda y atenta con todos. — Amy sonrió.

Las tres dijimos "Awwwww", totalmente enternecidas por tan lindo detalle.

— ¿Vieron eso? Maximiliano le estaba sonriendo a Anastasiya, ella ni siquiera alzó la cabeza — ¿Y quién en su sano juicio se fijaría en ese antisocial? Tiene el símbolo de peligro escrito en la frente.

Era obvio que mis compañeras no lo soportaban; al mismo tiempo quedé con la incertidumbre de la situación del pastel. Mi piel se erizó.

Con desconfianza tomé el pastel, no sabía quién lo envió, pero estaba empaquetado al igual que todos los demás, eso significaba que no pudieron ponerle nada ajeno a los ingredientes.

Las chicas y yo nos pusimos en marcha, me llevaron a dar el recorrido de mi vida, las instalaciones eran enormes, lo que más me agradó fue ver tanta naturaleza, sus majestuosos corredores techados, las fuentes de cantera rosa. Incluso tenían un área de juegos con columpios y resbaladillas, el colegio estaba dividido por niveles académicos, los estudiantes de primaria y secundaria estaban en otras secciones alejadas de los preparatorianos.

Antes de las doce, las chicas se despidieron para volver a sus clases, quedamos de vernos, en la estancia, antes de la hora de la comida para ir

juntas al comedor.

Volví a mi habitación, puse el pastel sobre el escritorio, me lavé las manos.

Me cambié, me puse un pants y playera de manga larga que traje desde casa, caí sobre mi cama inmediatamente totalmente cansada de la enorme caminata que tuve ese día; la doctora me envió un mensaje posponiendo la revisión para las cinco de la tarde, programé la alarma para despertar a las dos y media de la tarde.

Apenas toqué cama, caí profundamente dormida.

Sonó mi alarma, inmediatamente me levanté, me lavé los dientes, la cara, mi cabello estaba hecho un desastre, así que lo cepillé, coloqué nuevamente crema en mi piel, glitter y el brillo labial, me vestí.

En la hora de la comida no volví a ver a Maximiliano.

Eran las seis cuando salí de la enfermería, aún me costaba mucho trabajo ubicarme, me fijé en el croquis que descargué en mi teléfono, un aroma a loción masculina llegó a mi nariz.

Estornudé varias veces, volteé esperando que alguien me ayudase a encontrar el camino a mi dormitorio. Escuché que alguien venía tras de mí, así que giré para pedirle indicaciones, hasta que vi que era Maximiliano, quien vestía ropa deportiva.

Di la vuelta rápidamente, sus ojos eran tan oscuros que me aterrorizaban. Mi brazo izquierdo punzo. Debía ser más cuidadosa.

Se emparejó, mi corazón comenzó a latir muy fuerte, estaba yo temblando de miedo, él rozó su mano con la mía. Lo miré estupefacta. ¿Qué le pasaba? ¿Había sido accidental? ¿Yo ya estaba volviéndome paranoica? Mi instinto de conservación me indicaba que debería correr, así que tuve que controlarme para seguir mi camino, no dejaba de apresurar el paso como sí conociera la escuela. Llegó un momento en el cual estaba totalmente perdida.

— ¡Ivonna! — era la voz de la doctora — Dejaste tu suéter en el consultorio… No olvides seguir de largo todo este pasillo hasta donde está la fuente de cantera rosa, das vuelta a la derecha, pasarás la biblioteca, el centro de tecnología, los laboratorios de idiomas, física y química, y verás inmediatamente el comedor.

Me detuve sin dudarlo, la presencia de la doctora me tranquilizó un poco.

— Sí, muchas gracias, doctora, que tenga linda tarde.

— Apúrate, Ivonna, necesitas descansar, duerme temprano.

La doctora miró entre cerradamente a Maximiliano, con un gesto de desaprobación.

—Con cuidado — su presencia pareció sosegar un poco a Maximiliano, quien había continuado caminando como si nada hubiera ocurrido en su vida.

Cuando vi la fuente, di vuelta a la derecha e inmediatamente caminé como si no hubiese mañana, caminé tan rápido que, al llegar a mi edificio, el corazón parecía salirse de mi pecho, mi brazo me dolía y apenas podía respirar, sudaba muchísimo. Estaba aterrada.

Ese día fue muy cansado para mí, no tuve ánimo de bajar a cenar, así que fui a la sala-cocina, encendí la cafetera y me preparé un té. Mientras me bañaba, seguía pensando en el asunto del pastel.

Al finalizar mi ducha, me sequé el cabello, mientras platicaba con mamá sobre mi día, omitiendo el asunto de Maximiliano. Ella parecía más tranquila mientras me escuchaba. Estefanía se unió a la vídeollamada, ambas ya estaban cenando. Mi perrita ladraba feliz de escucharme.

Me animé a abrir el pastel, era francamente delicioso, tan rico que no deseaba terminarlo.

Al finalizar la conversación, mis ojos se estaban cerrando de sueño y cansancio, fui a lavarme los dientes; apenas toqué la cama, quedé profundamente dormida.

Capítulo 5

CAPÍTULO V

“Valor ¡No retrocedas!”

Juana de Arco.

Desperté quince minutos antes de las seis de la mañana, aún no me acostumbraba al vivir en el internado. Tenía tanto sueño.

Empecé a bostezar, no deseaba pararme.

Como cada mañana, amanecía pensando en papá sintiendo un enorme dolor. Una gruesa lágrima resbaló por mi rostro. Aún en la oscuridad de la madrugada acostada en la cama, concebía que estaba tirada en el charco de agua, tan herida… Suspiré, aventé el edredón color vino a un lado.

Me puse las pantuflas, encendí la lámpara y tomé una liga para amarrar mi cabello.

El pasillo estaba desierto, las chicas aún debían estar durmiendo, las luces se encendieron apenas detectaron mi presencia.

Me dirigí a la cocina - sala de estudio bostezando, me serví un vaso de agua y de pronto se encendió la luz, parpadeé asustada pues no había escuchado ni un ruido:

Anastasiya estaba ahí, obviamente su habitación estaba en el mismo piso que la mía, ella pasó a mi lado sin inmutarse. No me dio ni los buenos días. Directamente abrió el refrigerador, sacó un bote de leche, después fue a la alacena, bajó un frasco con avena, coco y chocolate en polvo. Rápidamente mezcló los ingredientes en la licuadora, después fue al refrigerador, tomó un tupper con fresas, metió la leche.

Se sirvió el licuado, colocó ágilmente las fresas en el líquido, caminó arrastrando sus pantuflas, abrió una panera para sacar una tarta de manzana o eso me parecía.

Me di la vuelta, dirigiéndome a mi habitación para alistarme. Mi primer día de clases tenía que ser muy bueno, daría mi máximo esfuerzo. Estaba nerviosa, me repetía que debía hacerlo por mamá, por Estefanía y por mí. También quería labrarme un futuro para investigar qué nos había pasado aquella noche. Juré que llevaría a prisión al responsable.

Amy y Leta me esperaron en la planta baja para ir juntas a desayunar.

Definitivamente, me agradaba muchísimo estar con ellas, mientras nos dábamos los buenos días, Anastasiya, junto con sus amigas, bajaron; las hermanas nos saludaron, pero ella simplemente siguió su camino.

— Buenos días, niñas — dije, mientras me acomodaba la bolsa y la mochila en el brazo.

— ¡Ay, me encantan tus pulseras! — Leta me tomó la mano para observarlas con detalles, pude ver que poseía unas tupidas pestañas — ¡Ay, mira, Amy! Las amo ¿Dónde las compraste, Iv?

Anastasiya, peinada con una trenza, estaba impecablemente vestida, me pregunté cuánto tiempo le llevó planchar su ropa, pues nunca en toda mi vida había visto un uniforme tan presentable; definitivamente, ella era una chica muy disciplinada, se notaba incluso en los movimientos de su cuerpo, su manera de caminar y esa mirada fría con destellos de una enorme tristeza que se percibía por momentos.

Las chicas y yo nos pusimos en marcha dispuestas a ir al comedor pues ya teníamos mucha hambre.

Aún no amanecía, estaba bastante oscuro y hacía frío; así que crucé mis brazos sobre mi pecho, delante de nosotras caminaban algunas chicas del edificio. Poco a poco, el olor a café recién hecho invadió nuestras narices.

Nos paramos frente al blanco pizarrón en el que anunciaban el menú.

— Oh, hoy tienen un desayuno americano, definitivamente lo quiero.

— Dios, yo solamente pediré un tazón de fruta con cereal y un té, ¿Y tú, Ivy?

— Tomaré el desayuno americano como Leta.

— Voy a la barra de postres, quiero un cheesecake de frambuesas, ¿Quieren algo, niñas?

— Un muffin de chocolate con cerezas, por favor — contestó Violeta con una sonrisa al tiempo que acomodaba su cabello.

— ¿Y tú, Iv?

— Así estoy bien— respondí sabiendo que no podía pagarlo, aunque realmente deseaba comprar uno.

Cuando llegamos a la mesa con los desayunos, Amy había colocado un muffin, de fresa con chocolate, en mi lugar.

— No me digas nada, Iv, sabes que ya eres nuestra amiga.

— Te lo pagaré, lo prometo, muchas gracias — respondí apenada.

— No. — Me miró inquisitivamente, después sonrió. Su cabello estaba peinado con una diadema — Necesitas un muffin para comenzar el día.

Le agradecí, ella me devolvió una gran sonrisa.

— Tienes que traernos los tamales dulces que hace tu mamá, ¿eh? Eso queremos cenar el domingo, muero por probarlos, nada más de ver las fotos que nos mostraste, juro que me quedé antojada— Leta guiñó el ojo.

Asentí con la cabeza bebiendo mi té de manzanilla.

— Vamos a tomarnos una selfie juntas — Amy sacó su teléfono. — A ver… 1… 2… 3…

Aunque salí muy bien en la fotografía, mi mirada era muy triste. Suspiré pensando nuevamente en papá.

Un ruido rasposo, en el piso, me hizo girar la cabeza buscando el origen del sonido:

Un chico entró al comedor, sosteniéndose de un bastón, medía aproximadamente 1.75. Delgado y pálido, su negro cabello lacio estaba peinado de lado, el fleco oscuro caía sobre la sien izquierda.

— Él es Alexander Díaz Vizcaya, es un chico de nuestro grupo. Apenas regresó a clases la semana pasada, tuvo una cirugía durante las vacaciones... Bueno, en realidad nadie sabe qué le pasó, así que es un rumor nada más; es una pena pues era una promesa de la natación. Alexander es un amigo nuestro — suspiró Amy, moviendo la cabeza en señal de incredulidad.

— También es muy brillante, tiene una personalidad tranquila. Lo conozco desde jardín de niños.

Maximiliano se sentó frente a nosotras, estaba bebiendo café sin apartar la mirada de su teléfono, definitivamente se notaba que había amanecido de muy mal humor, pues tenía una mueca de fastidio en el rostro.

Alexander Díaz Vizcaya estaba junto al ventanal, en su mesa estaba un pequeño grupo de chicos. Él tenía una mirada extraña, sus ojos marrones eran ligeramente felinos. Apenas comía, parecía estar aislado en su

propio mundo, alejado de todo. Bueno, cualquiera se sentiría mal tras someterse a una cirugía y estar en plena recuperación.

Justo cuando iba a decir algo, observé que Maximiliano había cambiado su atención dirigiéndola a Alexander, quien seguía ensimismado, sin prestar atención a nada. Mordisqueaba un cuernito con total desgano.

Tras terminar el delicioso desayuno, caminamos por un largo corredor iluminado por las lámparas blancas, todavía estaba oscuro. Los enormes arboles meciéndose por el fortísimo viento le daban un toque extraño al colegio en aquella zona, nos detuvimos frente a un conjunto de edificios de tres plantas, las puertas de cristal eran enormes.

— He aquí nuestro edificio de clases, aquí vamos todos los preparatorianos.

Subimos las escalinatas adoquinadas, parpadeé rápidamente cuando ingresamos, las luces eran demasiado brillantes; adentro las enormes plantas de interior daban la bienvenida. Las chicas me guiaron, subimos unas escaleras con un barandal de policarbonato azul, dimos vuelta, para continuar hacia arriba. Nuestro salón se encontraba en el penúltimo piso, el frío era más intenso ahí, en las paredes del corredor colgaban vitrinas con diversos anuncios; las puertas color caoba mostraban el grupo que tomaba clase en cada salón. El balcón superaba el metro y medio de altura, del cual colgaban algunas plantas.

Nos detuvimos en el cuarto salón, el cual correspondía al grupo cuatro.

Amy me mostró que podía sentarme adelante, cerca del pintarrón. Alexander, ya estaba ahí, encabezaba la quinta fila, tras de él estaba Serafina, quien me saludó con la mano cuando me vio. Solamente Leta me separaba de él.

— Hola, Ivonna, bienvenida — me dijo Dayami, Alba también me saludo.
— Yo soy Dayami, ella es Alba María

— Hola, mil gracias, Dayami y Alba. — Dayami se caracterizaba por su coleta alta, la cual adornaba con un moño negro tejido bastante bonito. Alba, era una chica morena clara poseedora de un cabello negro y largo bastante bonito. Se estaba rascando el brazo.

— Te vas a lastimar más la piel. — Dayami la reprendió.

— ¿Te picó un insecto? — Pregunté.

— Tengo una piel atópica, en tiempo frío me causa más problemas — me

dijo. — Cuando estoy estresada empeora.

— Entiendo, cuídate mucho — le dije.

— Ten buen inicio de clases — me dijo Alba sonriendo.

— Muchas gracias, Alba.

Ellas se sentaron en sus lugares.

Me acerqué a Serafina:

— Hola, muchas gracias por lo que hiciste el domingo — le extendí la mano. — Me llamó Ivonna.

— Hola, Iv, no tienes nada que agradecer. Bienvenida a la Orden de Santa Juana. Soy Serafina Icaza — apretó mi mano con suavidad. — Te deseo un gran inicio de año, en lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo.

— Muchas gracias.

Le sonreí, pasé delante de Alexander, que estaba mirando su teléfono, me dirigí a mi asiento.

Amy se sentó tras de mí, sacando rápidamente sus cosas.

—Iv, recuérdame pasarte los apuntes, los tengo también en digital, así podrás imprimirlos y encarpetarlos, ok?

"Ok" definitivamente era una de las palabras que más decía mi amiga, asentí devolviéndole una gran sonrisa.

Leta salió del salón para ir a los sanitarios.

Miré todo a mí alrededor; la hora azul estaba comenzando, pronto amanecería. La vista era maravillosa. Pensé en papá y me repetí mentalmente que lo haría bien. Envié un mensaje a mi mamá y hermana para decirles que ya estaba en clases. Me tomé una foto para enviárselas.

Mi atención se detuvo en Alexander.

Poseía un rostro inocente, el cual estaba marcado por una larga cicatriz delgada encima de la ceja izquierda, también tenía unas profundas ojeras (las cuales parecían ser el sello distintivo del Colegio de la Orden de Santa Juana). Sus labios estaban muy pálidos.

Alexander olía increíblemente bien, su perfume era discreto. Lo más llamativo de él definitivamente eran sus ojos, nunca en toda mi vida había observado unos ojos así: tan felinos, transparentes y honestos... además de tristes…

Una chica con el cabello castaño oscuro con mechas rubias onduladas entró en el salón.

— Ya llegó la princesa Aranza — escuché que Dayami y otras chicas murmuraban.

Era la contraparte de Anastasiya, quien era sumamente seria. Aranza también tenía una muy mala actitud. Puso su enorme bolso en su escritorio, sacó su teléfono y comenzó a tomarse selfies.

La primera clase fue muy tranquila, la profesora inmediatamente me integró. El primer trabajo en equipo lo haría con mis amigas y Serafina.

— Sera es un ángel— dijo Amy enrollando su corto cabello en el bolígrafo. — Es una pena que sea tan tímida.

— ¡¡Sera, ven!! — la llamó Leta.

Nos pusimos de acuerdo para trabajar juntas. Definitivamente quería que Serafina fuera mi amiga también.

Aranza de Herrera tenía una actitud pésima. Era una aspirante a princesa, me dio un empujón cuando estaba por preguntarle a la profesora cuándo tenía que presentar el examen. Ni siquiera se disculpó, siguió su camino haciendo que todos se hicieran a un lado.

— Ten cuidado — le dije en voz alta. No iba a permitir que pensara que yo era una blanda.

Se sentó, abrió su bolso y comenzó a mirarse en el espejo, queriendo que todo estuviera perfecto con su imagen.

Alexander me dirigió una mirada, después continuo haciendo sus deberes.

Nunca había visto compañeros tan estudiosos, por todos lados estaban leyendo, haciendo tareas, proyectos.

Durante la hora de desayuno, hice el comentario a mis amigas.

—No te sorprendas, Iv, estamos aquí porque seremos la siguiente generación que debe cambiar el rumbo de este país— Amy, por primera vez, se mostró extremadamente seria. — Nosotros pertenecemos a un

grupo, el cual deberá generar las políticas que determinen el camino a seguir durante los próximos 30 años, tenemos la obligación de convertirnos en una potencia en todos los sentidos.

— Aunque algunos vengan aquí a hacerse tontos pues tienen la vida resuelta, la mayoría de nosotros sí estamos comprometidos con nuestros estudios.

— Aranza es una de las que ya tiene todo resuelto, su familia es muy importante. Es la hija menor, es la consentida. En el futuro, solo tendrá que preocuparse de las colecciones de temporada, pues su familia ya lo tendrá todo listo para darle un puesto donde no tenga nada importante que hacer— Leta suspiró. — Realmente no sé qué hace aquí.

— Nosotras sí tenemos responsabilidades que debemos cumplir, tenemos un compromiso con el país. Nos duele demasiado ver lo que ocurre en cada rincón.

— Y tú estás aquí porque eres una chica que tiene mucho que aportar a la nación— Leta me sonrió, Amy asintió con la cabeza.

Amy era la segunda hija de un empresario que tenía una mediana empresa enfocada en la logística. Ella solo tenía un hermano menor, el cual estudiaba en la secundaria de nuestro colegio. Contó que su familia había quedado en bancarrota tras el terremoto de 1985, su abuelo había tenido que reconstruir su empresa desde cero; por ello, en su familia, no se permitían los caprichos o lujos innecesarios.

Los papás de Leta tenían una empresa, mediana, dedicada a la elaboración de productos para limpieza del hogar. Era hija única. Sus padres eran proveedores de insumos en nuestro colegio.

— Otro que ya tiene todo en la mano es Maximiliano, su padre es un muy, pero, muy alto funcionario del gobierno. Su madre es una empresaria muy importante. Nació en cuna de oro y con cuchara de plata en la mano.

— ¿Por qué no les cae Maximiliano? — pregunté.

—Iv, es un antisocial, no es una broma. No te acerques a él, su maldad supera su belleza física. No te dejes jamás llevar por su encanto o te pasará como a Anahí Rangel. — Amy apretó el puño. —Todos, absolutamente todos, hemos pasado un mal momento por culpa de él; no hay nadie en nuestro salón que se haya salvado de su perversión, excepto su amigo Samuel. Tenlo muy en cuenta, Ivy.

Al terminar, fui a lavarme los dientes al sanitario de nuestro edificio.

Las paredes recubiertas de azulejo gris claro combinaban con el piso blanco, me miré en el espejo, repetí en voz alta que todo saldría bien, acomodé mi cabello, suspirando. Mi vida había cambiado tantísimo en un periodo muy corto de tiempo.

La altura de los espesos árboles superaba los tres pisos del edificio, el Sol salió acompañado de algunas nubes dispersas, aunque la temperatura se mantenía baja.

Regresé al salón, Alexander estaba sentado escribiendo, noté que su muñequera era de mi banda favorita. Fue una grata sorpresa encontrar a otro fan en el colegio; así que me armé de valor, respiré profundamente y me senté en el lugar de Leta.

—Esa banda de metal es genial. Tienes un gran gusto musical.

Volteó inmediatamente, me regresó una sonrisa tímida.

— ¡Hola! Soy Ivonna, soy nueva aquí, mucho gusto — me presenté extendiendo mi mano. Él me miró.

—Me llamo Alexander Díaz, el gusto es mío. Bienvenida, Ivonna, a la Orden de Santa Juana — nos estrechamos la mano suavemente, sentí una cicatriz en su mano — Que Santa Juana guíe tus pasos hacia la verdad y justicia.

Me quedé procesando lo dicho por él, por un momento, sus últimas palabras parecían un lema. Ahora que lo pensaba, me habían dicho varias veces “Bienvenida a la Orden de Santa Juana” y lo hacían con gran solemnidad. ¿Qué significaba aquello? De hecho, sabía muy poco sobre este colegio, la información en internet era muy escasa. Además, cuando decían “Santa Juana” ¿A cuál se referían? ¿A Juana de Arco? Me quedé pensativa tratando de descifrarlo.

— ¿Ya escuchaste su nuevo disco?

— No he podido, Alexander, ocurrieron algunas situaciones muy dolorosas y no pude, ni siquiera he visto los vídeos — mi rostro se ensombreció, hice una mueca de tristeza.

— Te comprendo, viví algo similar — guardó silencio unos segundos — ¿Quieres escuchar su nuevo disco mientras estudias o haces tarea? Lo compré justo cuando salió, lo tengo en mi teléfono. — Preguntó Alexander, le sonreí asintiendo.

— Claro que sí, Alexander.

Propuso vernos a las cinco de la tarde en la biblioteca para escuchar música juntos, me pareció una gran idea, además el parecía muy amable.

— Ivonna, que tengas buenos estudios y mantente saludable — me sonrió.

— Gracias por los ánimos, que también sea un buen año para ti. Nos vemos al rato.

El resto del día fue muy tranquilo para mí, no nos dejaron demasiada tarea.

Antes de las cinco, yo ya estaba llegando a un impresionante edificio de cuatro pisos, cuyas paredes de empedradas en color negro con faroles llamaron totalmente mi atención; sus amplios ventanales permitían observar los bellísimos jardínes y el edificio donde nosotros estudiábamos, afuera había bancas y mesas de concreto forradas en mosaico simulando madera. Algunos alumnos estaban leyendo al aire libre.

Yo me había vestido con unos pantalones vaqueros negros y una camiseta de manga larga blanca que nos habían asignado para utilizar, casi todo mundo estaba vistiendo igual, excepto otros estudiantes cuyas chamarras estilo universitarias eran ideales para el clima, los colores negro y vino sobresalían.

Pocos minutos después, divisé a Alexander, vestía vaqueros y un suéter negros. Cuando subió las escalinatas alzó la mano para saludarme.

Le estreché la mano, pude sentir nuevamente la cicatriz en ella. ¿Qué le habría pasado? Ambos entramos a la biblioteca, dejamos nuestras mochilas en los lockers; la planta baja no tenía casi asientos disponibles, así que subimos al segundo piso, Alexander se sostuvo del barandal metálico todo el tiempo.

Encontré un bonito lugar, muy cerca del semi abierto ventanal, nos sentamos juntos.

—Gracias— me acercó más la silla.

Saqué dos chocolates de mi bolsa, le ofrecí uno, lo tomó dándome las gracias.

Puso su teléfono en medio, me dio un audífono, poco después empezaron los primeros acordes de la canción “Black ocean”, me sumergí en mis actividades, sintiendo el viento colarse por la ventana haciendo llegar a mí los aromas a tierra mojada. Saqué mis lentes del estuche, comencé a

hacer mi tarea.

Alexander no decía nada.

Le miré por un breve momento: Estaba totalmente concentrado en su tarea, sosteniendo su rostro con la palma de la mano, se veía pacífico. Aquella larga cicatriz no le restaba belleza, por el contrario, mostraba que era un chico valiente. La nariz delgada y recta estaba un poco inflamada, quizá tuviera un poco de alergia.

—Es el mejor chocolate que he probado en mi vida ¿Dónde lo compraste? — me atrapó observándolo.

— Yo los hice.

—Wow! Definitivamente, te encargaré un pedido. Tienes un cliente—guardó silencio unos segundos, bajó la mano — ¿Cómo te va con los idiomas, Ivonna? Aquí llevamos inglés como segundo idioma obligatorio, y después siguen el francés, italiano y alemán. Hay clubes de japonés, coreano y chino, pero van pocos estudiantes.

—En inglés voy muy bien, pero jamás había llevado alemán e italiano.

— El alemán es algo complicado. Deberías empezar con el idioma italiano, lo aprenderás más rápido. Al final, cuando termines tus estudios de preparatoria, estarás en el nivel B1 en alemán. Así que ahora no te preocupes demasiado. Sí me permites, te recomendaré algunas apps para que practiques.

— Gracias, es difícil ser la estudiante nueva en el colegop. Ustedes ya se conocen desde hace años. Entonces, me siento un poco extraña. Un poco fuera de lugar.

— No te preocupes, Ivonna, estás aquí porque eres capaz. Te escuché dar respuestas en las clases, me parece que muy pronto te adaptarás. Entendiste temas que probablemente jamás habías llevado. Y vas muy avanzada en las asignaturas de matemáticas.

— Cuando vi la tira de materias me asusté muchísimo. Aunque me revalidaron casi todas las materias, excepto los idiomas y un par basadas en sostenibilidad.

Se ofreció a ayudarme en lo que necesitara, acepté pues estar a su lado era totalmente agradable. Terminamos de estudiar justo cuando la campana sonó anunciando la hora de la cena, recogimos nuestras cosas y nos encaminamos al comedor.

— Ha sido un gusto estudiar a tu lado — Alexander sonrió tímidamente, vi que tenía un poco de chocolate sobre sus labios, saqué un pañuelo y se lo extendí — Oh, diablos, debo tener toda la cara llena de chocolate.

Negué, indicándole donde debía limpiarse, ambos nos reímos.

— Hola, chico. Hola, chica — nos saludó una compañera de clase, que venía corriendo: Era una chica de mediana estatura y delgada. Tenía unas pestañas bastante largas. Su rostro estaba enrojecido y estaba sudorosa. Tenía un lunar en el mentón del lado derecho.

— Hola — dijimos los dos. Ella siguió su camino.

— Es Mariam González . Siempre la verás corriendo a esta hora. Es una apasionada del ejercicio.

Llegamos juntos al comedor, sentí las miradas de algunos sobre nosotros, pero fingí no prestar nada de atención.

— Buen provecho, Ivonna, descansa.

— Igualmente, gracias. Ha sido un gusto, Alexander — saqué mi teléfono — ¿Puedes darme tu número? Por favor.

Él se sonrojó, dictó un poco nervioso, pude ver que sus manos temblaban.

— ¡Listo! Gracias, te enviaré mensaje llegando a mi dormitorio.

Nos despedimos, me quedé parada viéndolo llegar a la mesa que compartía con algunos amigos, ya no me parecía tan triste como en la mañana.

Cené rápidamente, pues necesitaba revisar cómo podía organizarme para tomar la sesión de idiomas con Alexander.

— Chicas — les dije a mis amigas — Voy al dormitorio, las veo en un rato. Buen provecho.

— Sí, gracias. — Leta me miró curiosamente.

* * *

La noche era fría, la Luna llena comenzaría en pocos días, el aire fresco me golpeó la cara mientras yo tarareaba una canción, estaba sonriendo, recordando el gran día que había tenido, di un gran bostezo. Mis ojos lagrimearon pidiéndome ir a la cama a dormir, seguramente la música me

había relajado demasiado.

Mientras recorría el pasillo desierto, antes de llegar al edificio, sentí que alguien tomaba mi brazo fuertemente, di media vuelta y después sentí unos labios que me besaban apasionadamente.

Empujé sorprendida y asustada, el rostro de Maximiliano estaba frente a mí.

—¿Qué te pasa, idiota? —le dije cuando me alejé de él.

— No me vengas a negar que te gusto, Ivonna, te he visto observarme. Sé que me quieres, a tu lado.

— ¿Acaso te has golpeado la cabeza hoy? ¡Apenas llevo un par de días en este colegio! — mi sorpresa era impresionante ante la seguridad que mostraba.

— Ivonna, haré lo imposible porque caigas enamorada de mí hasta que desees estar muerta y maldigas el día en que naciste.

Quedé sin habla, sus ojos oscuros parecían carbón, alargó el brazo tomando mi muñeca y jalándome nuevamente hacia él, mi mano se detuvo en el pecho demasiado cerca de su corazón.

— Mírame y dime que no mueres por besarme otra vez.

Parpadeé sin poder creer las palabras que acababa de escuchar, el miedo se apoderó nuevamente de mí.

— Siempre obtengo lo que quiero, y quiero que tú me ames a mí hasta tu destrucción.

— ¡Has perdido la razón! Suelta mi mano ahora — sonrió analizando cada uno de mis gestos — Suéltame, es la última vez que lo pido.

Callaron mis palabras con un beso totalmente salvaje, como sí intentara robarme hasta el último aliento, presionaba tantísimo sus labios sobre los míos de una manera desesperada, sujetando con fuerza mi nuca y muñeca.

Asustada, lo único que se me ocurrió hacer fue darle un cabezazo, se echó hacia atrás.

Capítulo 6

CAPÍTULO VI

“No temas, responde con atrevimiento”

Juana de Arco

— ¡Ivonna, despierta! — el rostro de Amairani apareció al abrir mis ojos, lucía preocupada.

— ¿Qué pasa? — respondí adormilada.

— Estabas gritando, tuviste una pesadilla.

Había sido un sueño, un horrible sueño. Me di cuenta de que había estado llorando pues mi camiseta estaba húmeda en el brazo izquierdo. Suspiré, tratando de respirar profundamente. Mi costilla dolió.

— Tuve un sueño muy feo, pero estoy bien.

Amairani me abrazó, se sentó en la cama a mi lado.

— Estás segura, amiga, estás a salvo — me susurró al oído.

También la abracé fuerte.

Llamaron a la puerta, Amairani se levantó a abrir, una voz muy seria se dirigió a nosotras, la prefecta Ana María entró:

— Señoritas, ¿Todo está bien?

—Ivonna tuvo una pesadilla, señorita Ana María. Vine a ver sí necesitaba algo.

Ana María nos miró inquisitivamente, al final pareció asimilar que decíamos la verdad, ella sabía que mi papá había muerto. Recomendó que fuera a beber un té tibio, permitió que Amy se quedara hasta las diez haciéndome compañía, aproveché para ducharme mientras mi amiga estaba preparando una infusión de manzanilla con valeriana.

Cuando salí, recordé que no había enviado mensaje a Alexander, así que tomé mi teléfono del buró.

<< Hola, Alexander, soy Ivonna. Muchas gracias por compartir música

conmigo. Buenas noches, que descanses. >>

Me recosté, Amairaní traía dos tazas de té, las colocó en el escritorio y cerró la puerta tras de sí; mi teléfono vibró, era una respuesta de Alexander.

<< Ivonna, buenas noches, descansa y ten bonitos sueños. De nada, fue genial. Te veo mañana. >>

Sonreí leyendo su mensaje, rápidamente le contesté. Sentí un remanso de paz.

<< Gracias. Nos vemos. >>

— ¿Hablas con tu novio? — curioseó Amy dándome la taza de té.

— No, estaba platicando con Alexander.

Se mordió los labios tratando de disimular una mueca de alegría, se acomodó la coleta.

— Y dime, Ivy ¿Te gusta Alek? — bebió su té sin dejar de mirarme.

— No sabía que le llaman "Alek". Apenas le conozco, me parece un buen chico. — Inspiré el delicioso aroma de la manzanilla. Di un trago, no sabía casi a valeriana, por el contrario, tenía un toque de miel. Estaba delicioso.

— Alek es una gran persona, Ivy. Es muy talentoso, además que tiene una personalidad amable… Pero dime, ¿Te gusta?

Solté una carcajada enorme, negué con la cabeza, mientras secaba mi cabello.

— No, no me gusta, apenas y puedo ubicarme en las instalaciones, llevo dos días y medio aquí, ja, ja, ja, ja.

— Sí en algún momento te decides a ganar su corazón, tendrás todo mi apoyo.

Me guiñó el ojo, ambas nos echamos a reír, chocamos nuestras tazas.

A las diez y media ya no se escuchaba ni un solo ruido, puse la alarma. Acomodé la almohada, cerré mis ojos.

Para el viernes, más o menos me había acoplado al internado. Ya no me perdía tan fácilmente.

Había hecho el trabajo en equipo con mis amigas y Serafina. Nos fue bien, pues obtuvimos 100 puntos, la máxima calificación.

Cada mañana, mamá enviaba un audio deseándome un gran día; platicábamos a las nueve de la noche cuando yo estaba repasando mis lecciones de italiano y alemán. Contaba los días para volver a mi casa.

A las dos de la tarde, las clases de la semana habían finalizado. Regresé al dormitorio, subí a la lavandería para recoger mi ropa seca, que había lavado el jueves por la tarde, para la siguiente semana. Bajé con mi canasto, en el camino topé con Anastasiya.

Anastasiya no era una de las mejores compañeras que hubiese tenido a lo largo de mi vida escolar; ella era simple y sencillamente distante siempre. En clases, sus participaciones eran objetivas y claras. Se la pasaba estudiando gran parte del día, solamente socializaba con las hermanas Kim, aunque casi no hablaba.

La había visto el miércoles y jueves en la biblioteca haciendo tareas, o sentada en las bancas con una libreta de notas, tenía los audífonos puestos.

Alexander parecía llevarse bien con ella, pues se saludaban todas las mañanas y cuando la encontrábamos.

Ambos estudiamos juntos el resto de la semana en la biblioteca, descubrimos nuevas canciones de metal, e incluso armamos un playlist para escuchar juntos.

Me contó que deseaba convertirse en Astrofísico, pues, desde muy pequeño, estaba interesado en el Universo.

Escucharlo hablar con tanta pasión me hizo reflexionar sobre mi futuro: En realidad, aunque estaba un poco mejor, no dejaba de sentirme en un mundo gris, pensaba que no debía estar con vida. A veces, deseaba no despertar, no quería enfrentar el día siguiente. La culpabilidad era muy grande para mí.

A pesar de mi negatividad, cada día en la escuela era una muestra de lo que podía aprender. Sin embargo, cada día extrañaba a mi familia sobre todo, a mamá.

Acomodé mis prendas en los ganchos, lustré mis zapatos y limpié mis tenis. Salí nuevamente de mi habitación, bajé a la planta baja para pedir una escoba y trapeador para hacer la limpieza antes de irme: Una de las reglas del dormitorio era lavar nuestras prendas y mantener ordenada y

limpia la habitación, al igual que las áreas comunes de cada piso.

Abrí las ventanas, después lavé la regadera, el sanitario y el lavado, barrí muy bien el baño y mi habitación, trapeé con un limpiador de pisos olor limón, sacudí.

Mamá me había dicho que iría por mí a las cuatro de la tarde, así que aproveché para recostarme un rato.

Amy y Leta se irían hasta la noche, pues hasta esa hora sus familiares enviarían por ellas. Propusieron comer juntas, pero decliné la oferta. Deseaba volver a casa, quería abrazar a mi familia.

A las cuatro de la tarde, tomé mi mochila. Cerré las ventanas y desconecté todos los aparatos eléctricos. Cerré con llave la puerta.

El día era cálido, aunque el viento frío era incómodo por momentos.

Al llegar al portón, escuché un chirrido de llantas, inmediatamente, me sentí en peligro, mi corazón latía tan rápido que me costaba respirar… Una enorme punzada se clavó en mi estómago, mi mochila se resbaló del brazo cayendo al suelo. Mi mente viajó nuevamente a los recuerdos de aquella noche lluviosa y trágica… Apreté los ojos y los labios, llevándome las manos a las orejas, no deseaba escuchar, quería que todo se callara por una maldita vez en la vida.

— ¿¿Ivonna?? — Escuché la voz de Serafina— ¿Qué tienes?

Yo estaba llorando en aquel momento.

— ¡Tengo miedo, tengo miedo! — fue lo único que pude decirle.

—No estás sola, estoy contigo… Llora todo lo que necesites…

Sentí sus brazos envolviéndome, los recuerdos de aquella noche horrible volvían a mí.

— ¡Tengo miedo! — no podía dejar de hipar, llorar, quería correr a mi casa, esconderme bajo las cobijas y no salir jamás a la calle.

No sé cuánto tiempo estuvimos ahí, hasta que la voz de mi mamá me hizo volver al presente.

— Ivonna, ¡¿Hija?! ¿Qué tienes?

Mamá me apartó rápidamente de los brazos de Serafina, que había tirado

su mochila rosa al piso.

— Tranquila, hijita, aquí estoy, mi vida — mamá me abrazaba— Tranquila, chiquita.

— Hola, señora, me llamo Serafina, soy compañera de Ivonna, estaba ella llorando muy angustiada. No sé qué pasó.

— Discúlpame, Serafina, me preocupé mucho escuchando llorar a mi hija. Un gusto conocerte, gracias por ayudarla.

Nos despedimos de ella, todo el camino de regreso a casa, me sentí angustiada, el estómago me dolía y tenía náuseas.

Al llegar, mi hermana me abrazó, realmente necesitaba estar con mi familia.

Después de descansar un rato, fui a la cocina a lavarme las manos. Mientras esperaba que el agua para mi infusión de manzanilla hirviera, repasé cuánto había cambiado mi vida en pocos meses: No solamente mi papá estaba muerto, no sabíamos qué había pasado en realidad y las investigaciones tampoco estaban avanzando.

Noté que, cuando los días eran muy fríos, me dolían el brazo izquierdo.

A la hora de la comida, solo se escuchaba el sonido de los cubiertos, hasta que mamá, golpeó la mesa con rabia:

— ¡Basta ya! Es obvio que jamás seremos la familia que fuimos…— se le cortó la voz. — Pero tenemos que comenzar nuevamente con la enorme pérdida que hemos sufrido.

Las lágrimas comenzaron a derramarse por nuestras mejillas, habíamos contenido tanto nuestras emociones y dolor, Estefanía se llevó las manos a la cara explicando que ella había mantenido todo bajo control porque no quería preocuparnos; sin embargo, la estaba pasando muy mal.

Escuché sus palabras. Por primera vez desde que mi papá falleció, pude sentir que no estaba sola en mi dolor, no era la única que lloraba en la soledad, abrir nuestros corazones nos permitió acompañarnos en un proceso tan complejo para nosotras.

Mi perrita Choco estaba acostada en la sala, a ella también la había extrañado mucho.

Esa noche cené con mi familia. Ya estaba lista para acostarme a dormir, cuando recibí un mensaje de Amy, me deseó una linda noche y un gran fin

de semana, respondí inmediatamente.

Minutos después, fui totalmente consciente de que, mis amigas de preparatoria, no me habían vuelto a escribir desde el día en que les mensajé para avisarles que iba a estudiar en el Colegio de la Orden de Santa Juana. Revisé mis redes sociales y mi corazón se rompió: Ellas me habían bloqueado, no supe cuál fue el motivo, aunque sí tuve claro que no me querían más en su vida. No iba a buscarlas, solo acepté su decisión, aunque me doliera tanto.

Estefanía entró a la habitación, me miró, se sentó en mi cama, así que le conté lo que había ocurrido. Sentí sus brazos rodearme con calidez, cepilló mi cabello con sus manos.

— Ivonna, hay personas que salen de nuestras vidas y créeme, es un regalo que se hayan ido. Sé que te duele su indiferencia y actitud. Tú eres una buena chica y ahora estás comenzando nueva vida, sé que conocerás nuevas amistades que realmente te valoren y quieran por quién eres.

— Gracias, Estef.

Mi fin de semana se fue como agua entre las manos, a las cuatro de la tarde, ya estaba en el auto rumbo al Colegio. El sábado me desperté temprano para avanzar con mi tarea, repasé mis lecciones de italiano y alemán, salí a caminar un rato aprovechando que necesitaba comprar ingredientes para preparar los chocolates que Alexander me encargó.

Cuando volvía de las compras, me encontré con Ana Camila, una buena amiga de la secundaria. Ambas nos encaminamos a la unidad habitacional, tras platicar los sucesos que nos ocurrieron a lo largo del tiempo, intercambiamos teléfonos y nos agregamos en redes sociales.

Llegando a casa preparé los chocolates, ayudé con la comida y a las tres de la tarde, ya estaba comiendo con mi familia.

Tras realizar la limpieza de trastes, nos sentamos en la sala para ver una película.

Nuestro dolor era palpable, aún así, intentamos pasar nuestro tiempo juntas; una semana lejos de mi familia había sido pesada, a pesar de que conocí a nuevas personas amables en mi vida. Estaba sentada en medio de mamá y Estef, con mi perrita acostada a mis pies.

Mi abuelita Perlita se había mudado a casa de mi tía Clara tras la muerte de papá, se justificó diciendo que deseaba pasar tiempo en el campo para superar el dolor de perder a su hijo. Así que solo quedamos nosotras tres

con Choco, mi perrita.

No sé en qué momento nos quedamos dormidas, mamá nos despertó pasadas las once de la noche, nos lavamos la cara y los dientes, dimos las buenas noches y caímos en brazos de Morfeo.

El domingo se fue rápidamente, así que, a las cinco de la tarde, ya estábamos a nada de llegar al Colegio. Las nubes grisáceas presagiaban una enorme tormenta, la última curva que tomó mi mamá nos presentaba la imponente cadena montañosa con una gigantesca cortina de lluvia. Me iba a morder la uña, sentí miedo.

— Dios, se va a caer el cielo, hijita.

— Sí, mami, tienes que volver con cuidado. Promételo, promete que no vas a colgar hasta que llegues a la casa. — Le supliqué.

— Sabes que sí, mi niña. Trata de hacer los ejercicios de respiración que te recomendaron los psicólogos en el hospital. Por favor.

La lluvia me aterraba desde aquella horrible noche, mamá manejaba con todas las precauciones, pero aún así mi corazón se mantenía inquieto, el trauma aún estaba demasiado fresco en mi memoria. Era un milagro que yo pudiera subirme a un auto.

Tiempo después, llegamos a la calle de la escuela, las enormes paredes comenzaban a parecerme exageradas, nadie sería capaz de trepar y saltar por ahí. Mamá se estacionó, al bajar, el frío viento golpeó mi cara, inmediatamente, mi nariz empezó a gotear.

— Hace mucho frío, Ivonna, tienes que abrigarte bien.

— Sí, mamá — le sonreí, ambas nos fundimos en un cálido abrazo dándonos miles de recomendaciones — Te quiero tantísimo, mamita.

— Y yo a ti, mi vida — me dio un beso en el cabello— Puse en tu mochila unas galletas para que las comas cuando estudies.

— Mami, eres lo máximo, te quiero. Nunca me dejes — la abrace súper fuerte.

De pronto, sentí que mamá estaba temblando como sí tuviese frío, justo en el momento en que iba a preguntarle qué le pasaba, escuché la voz de Maximiliano, mamá me abrazó muy fuerte, susurrando en mi oído que ella siempre estaría de mi lado. Que no retrocediera.

Al separarnos, mamá volteó diciéndome en voz baja:

— Cuídate mi niña, por favor.

— Mamá, te llamo de una vez, ponte el manos libres y sigamos platicando hasta que llegues a casa ¿Sí?

Ella asintió, tomé mis cosas, caminé dirigiéndome hacia al gigantesco portón, volteé para despedirme con la mano de mamá, sonreí.

Al pasar junto a Maximiliano, nuevamente tuve un mal presentimiento, “caerás en desgracia pronto” fueron las palabras que llegaron a mi mente.

Di media vuelta, ahí vi que mamá ya estaba regresando a casa.

Temblé.

— Mamá, nunca me dejes, por favor.

Capítulo 7

CAPÍTULO VII

"En el mundo común de los hechos, los malos no son castigados."

Oscar Wilde

Solo me sentí tranquila cuando mamá llegó a casa.

Ella me contó que el cielo se estaba cayendo allá, incluso se fue la luz por unos minutos.

Le pedí una y mil veces que se cuidara, recordándole cuánto la amaba. Mamá me repitió que nada malo iba a pasar.

— Estás muy sensible, cariño. Te prometo que voy a cuidarme y ser más precavida ¿Ya estás más calmada?

— Sí, mamá, pero cuando cruces la calle…

— Ivonna, querida, trata de pensar en lo que vamos a hacer para Halloween y lo bonita que pondremos la ofrenda. Tu papá vendrá a visitarnos desde el Mictlán. Piensa en el cempasúchil, el pan de muerto, las veladoras… Y piensa que estamos juntas y que, mientras sigamos recordando con amor a tu papá, él continuará viviendo en nuestras almas. Tú y tu hermana son la continuación de la vida de él.

Mamá sabía cómo hacerme sentir mejor.

A las ocho de la noche, bajé a cenar al comedor, estaba muy húmedo y frío afuera, deseé haber traído algo para cenar, desde casa, para ahorrarme salir de la habitación.

En el camino, me encontré a Ji Yeon Kim, ambas nos saludamos con la mano; Anastasiya ya estaba más adelante charlando con Si Yeon.

Subí el cierre de mi sudadera metiendo mis manos en los bolsillos, mi nariz volvió a gotear, con todo el pesar del mundo, saqué un pañuelo para limpiarme, después saqué mi botellita de antibacterial.

No sé sí la impresión del cielo tan oscuro había causado una fuerte conmoción en mí, o realmente algo muy malo estaba por ocurrir. No quería sugestionarme, de lo contrario estaría muy nerviosa toda la noche.

Recordé las palabras de mamá, tenía que tranquilizarme.

Vi a un grupo de profesores caminando apresuradamente dirigiéndose al pasillo que llevaba a la dirección, suspiré pensando que los habían citado en alguna reunión.

— ¡Iv! — volteé, Amy, la cual vestía un grueso suéter negro, venía caminando tras de mí rápidamente — ¿Cómo estás?

— Hola, Amy, bien, muchas gracias, ¿Y tú?

Me saludó dándome un beso en la mejilla.

— Bien, querida — nos tomamos del brazo dispuestas a cenar — Está haciendo muchísimo frío.

Leta también estaba abrigada con un cardigán blanco, el cual lucía sumamente suave, su pelo estaba recogido en un chongo coreano. Ella ya estaba sentada en nuestra mesa, esperándonos para cenar, la saludamos con la mano. Ella nos sonrió y nos guiñó el ojo.

Desde la barra pude notar que Alexander estaba ya cenando con su grupo de amigos, parecía que ellos se habían sincronizado, pues todos vestían una sudadera negra gruesa. Me di cuenta que, mis compañeros y yo, estábamos vestidos con ropa oscura en su mayoría. Más que un comedor estudiantil, desde aquel sitio, parecía un funeral, a pesar de las risas, el ambiente se sentía muy tenso.

Las cocineras nos sirvieron la cena en las charolas, se veían visiblemente consternadas. En aquel momento en el que presentí que la situación no andaba para nada bien.

Llevamos nuestras charolas a la mesa; saludé a Leta. Me levanté nuevamente, dirigiéndome hacia el lugar de Alexander.

— Alexander, buenas noches, ¿Cómo estás? — él volteó, me sonrió, tomó la servilleta para limpiarse los labios. Se puso en pie, nos saludamos con la mano. Él olía increíblemente delicioso, su perfume tenía unas notas agradables de vainilla con chocolate, pero las demás fueron complicadas de descifrar para mi olfato.

— Hola, Ivonna, bien, gracias, ¿Cómo te fue? — nos miramos, sus amigos cuchichearon en voz baja, al igual que Amy y Violeta. Saqué de mi bolsa los chocolates que él me había encargado. Los coloqué en sus manos, él me regresó una apacible sonrisa — ¡Muchas gracias, Ivonna! ¿Te llegó la transferencia?

— Sí, gracias a ti— le contesté agradecida. — Espero que te gusten, son de sabores surtidos. Te dejo cenar ¿vale?, buen provecho. Permiso, chicos, que disfruten su cena.

— ¡Gracias! — respondieron, al unísono, los amigos de Alexander — Provecho para ti, Ivonna.

— ¡Hey! — Ya sentada, me disponía a probar mi licuado de chocolate y avena, cuando Amy se acercó a mí para susurrarme — Tienes que contarnos qué está pasando con Alek, se siente la química entre ustedes. El amor flota en el aire.

— Iv, sí te gusta Alek tendrás todo nuestro apoyo. Creo que harían una linda pareja — me guiñó el ojo Leta.

— Yo pienso lo mismo. Iv y Alek se ven muy bien juntos.

Rodé los ojos mientras bebía mi licuado, llevaba una semana en la escuela, y mis amigas ya me estaban emparejando con un chico; aunque los amigos de Alexander también estaban intentando averiguar lo ocurrido. Ambos nos miramos con incredulidad y negamos con la cabeza rodando los ojos.

Poco después, las chicas y yo terminamos de cenar, dejamos nuestras charolas en la barra, acomodamos las sillas. Al voltear, vi que en el comedor aún estaban algunos estudiantes; la mayoría ya se estaba disponiendo para volver a sus habitaciones, Otros todavía platicaban en los pasillos, disfrutando los últimos minutos del fin de semana.

El viento era demasiado frío.

El cielo oscuro se encontraba acompañado de una espectacular tormenta eléctrica, la antesala de un gran aguacero, me llevé las manos al pecho protegiéndome del descenso de temperatura. Mi nariz estaba enfriándose más y más.

— Y cuéntanos, Iv, ¿Cómo te fue el fin de semana? —Amy preguntó.

Desvié mi mirada hacia los arboles, una expresión triste ensombreció mi rostro. Apreté el puño sintiendo un nudo intenso en la garganta. Suspiré profundamente tratando que mis palabras no se quebraran.

— Hace unos meses, tuve un grave accidente automovilístico en una noche lluviosa… Mi papá murió días después como consecuencia de las graves heridas que sufrió… Mi familia quedó profundamente herida y no habíamos hablado del dolor que cada una de nosotras sentíamos; el fin de semana, por fin, tratamos el tema e intentamos tener un nuevo comienzo viviendo la pérdida de papá. Sé que nada será igual después de

su muerte — me sumergí en aquellos recuerdos. — También en estos días, me di cuenta que, mis "amigas" de la preparatoria, jamás volvieron a hablarme desde que les conté que iba a estudiar aquí… Apenas descubrí que me bloquearon en todas las redes…

Amy se puso frente a mí, sus ojos estaban llenos de lágrimas, se acercó para darme un abrazo muy fuerte, Leta me tomó la mano con suavidad.

— Lo siento tanto, Iv, de verdad, lo siento mucho. — En la voz de Amy se escuchaba su empatía ante mi dolor.

— Cuenta con nosotras, Iv, queremos ser tus amigas, no solo tus compañeras de escuela. Estamos a tu lado. — Leta no me soltaba. — No estás sola en estos momentos tan duros. Eres una persona con un gran ángel, es imposible no encariñarse contigo.

Musité un "gracias" desde lo más profundo de mi corazón, parpadeando rápidamente para evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas. No quería llorar. Yo también estaba muy contenta de conocerlas y coincidir con ellas.

Sonó la campana, pero el sonido no era el habitual: repicó varias veces, era tan espeluznante que mi piel se erizó. Amy observó a Leta con incertidumbre, ninguna de las dos sabía el motivo por el cual las campanas sonaban así.

— ¿Qué diablos pasa? Los repiques parecen chillidos lastimeros. — Las tres temblamos, nos agarramos del brazo. El viento arreció, levantando consigo las hojas de los árboles, dimos unos pasos en el momento en que, una voz se elevó por encima de todos los sonidos del colegio.

— Estimados estudiantes, reúnanse en el patio principal en cinco minutos, es de carácter urgente.

Anastasiya y las hermanas Kim se detuvieron junto a nosotras, Ji Yeon nos miró igual de confundida. Sus ojos oscuros y rasgados demostraban su incredulidad.

— ¿A esta hora van a realizar una reunión? Jamás he visto que hagan algo así aquí.

— No tienen respeto por las reglas que ellos mismos establecieron — por primera vez, Anastasiya se dignaba a dirigirme la mirada y la palabra. Su acento ruso seguía sobresaliendo a pesar de hablar un español muy fluido. — Solo a ellos se les ocurre organizar reunión cuando se aproxima una tormenta. Puede que llueva en cualquier momento.

— Seguro nos van a sacrificar a los dioses durante la lluvia — contestó Leta, todas nos reímos con ironía.

— A Tláloc le encantan los sacrificios — agregó Amy.

— Su sacrificio favorito es cuando se lava la ropa y llueve — añadí. Las chicas se rieron.

Juntas nos encaminamos al jardín principal, en el cual se encontraban ya varios alumnos de otros grupos, yo solamente conocía a mis compañeros. El viento mecía las ramas de los árboles levantando polvo que se introducía en mis ojos, parpadeé rápidamente intentando limpiarlos, aún así la sensación me seguía incomodando y dando comezón. Leta cruzó sus brazos sobre su pecho, se notaba que tenía mucho frío.

Una gota de agua cayó sobre mi mano; en poco tiempo, la lluvia estaría arreciando sobre nosotros.

No sabíamos que, esa noche, comenzaría una auténtica pesadilla para nosotros. Lo que parecía una reunión atípica bajo un intenso aguacero, se convertiría en un momento en el que conoceríamos la maldad humana pululando por los pasillos de un colegio.

— Oigan — sabía que probablemente sonaría como sí yo hubiese perdido la cabeza — ¿No creen que está un poco extraña la escuela esta noche?

Anastasiya, que estaba formada cerca de mí, asintió con la cabeza.

— Sí — volteó para mirarme — Definitivamente, Ivonna.

— Ahora que lo mencionas… — Amy parecía estar buscando entre sus recuerdos — Desde que llegué he visto al personal extraño.

— Como sí alguna situación adversa estuviera ocurriendo y nosotros no tuviéramos ni la más mínima idea de lo que está por venir — Ji Yeon musitó agachando la mirada.

Guardamos silencio.

Un trueno nos hizo saltar advirtiéndonos que la fría lluvia caería pronto.

Los “cinco minutos” se convirtieron en veinte. Mientras esperábamos bastante disgustados a las autoridades escolares (a las que parecía no importarles que pudiéramos estar temblando de frío), escuchamos voces tras de nosotras. Volteamos y vimos tirado a Maximiliano en el piso.

La lluvia cayó sobre nosotros en aquel momento, en segundos, el agua

formó pequeños charcos.

— ¡Juro que me la pagarás, Maximiliano Izaguirre! No me importa que seas hijo de alguien importante, juro que me vengaré de ti— gritó un estudiante de otro grupo.

La mirada de Maximiliano no mostraba ni la más mínima emoción a pesar de tener el labio inferior sangrando. Alexander retrocedió unos pasos, Anastasiya lo tomó del brazo temiendo que fuera a caerse pues había soltado su bastón; Luca (el mejor amigo de Alexander), Serafina y Aranza también se hicieron a un lado junto con otros chicos de nuestro grupo. El estudiante que le gritaba a Maximiliano estaba enfurecido, totalmente fuera de sí. Su voz era desgarradora, cargada de un inmenso resentimiento.

— ¿Lo has hecho a propósito, verdad, maldito? Sí te estás vengando te felicito, me diste justo donde iba a dolerme más.

— No sé de qué hablas — respondió Maximiliano con total frialdad.

— ¿Por qué te haces el idiota? Sabes perfectamente lo que hablo.

— No lo sé, tampoco me importa lo que pienses — Maximiliano lo miró como sí el chico no significara nada.

Anahí, la chica que fue rechazada por Maximiliano, se acercó a tratar de ayudarlo a levantarse. Escuché murmuraciones incrédulas ante lo que estábamos viendo. Las luces ámbar de los faroles que alumbraban el patio, me permitieron ver las expresiones de mis compañeros de clase; las muecas de satisfacción se mostraban en los rostros de varios chicos. Anastasiya frunció la boca reprimiendo una sonrisa.

— No puedo creerlo, de verdad, que no lo creo. — comentó otra de mis compañeras, que según mis recuerdos, se llamaba Amaranta. Era una chica de baja estatura, cabello castaño claro ondulado con mechas cobrizas, muy parlanchina, y sobresaliente en danza (lo último me lo contó Amy).

— Oh, por Dios — Dayami movía la cabeza con desaprobación — ¿Necesita ser humillada otra vez? Te lo dije, Alba, ella no iba a escarmentar.

— ¿Cómo defiende a Maximiliano después de haber sido bateada delante de medio colegio? — Aranza arqueó la ceja en plena señal de disgusto — ¡Qué desvergonzada!

— ¡Vayamos al dormitorio! Está arreciando la lluvia — Luca trató de

organizarnos.

Maximiliano se puso de pie con ayuda de Samuel y Anahí; una voz grave femenina irrumpió tras nosotros, yo brinqué asustada.

— ¿Esta es la educación que están recibiendo en nuestras instalaciones? ¿Cómo pueden ver que su compañero está siendo agredido y no mover un dedo?

Un relámpago iluminó el patio, podría jurar que, por unos segundos se hizo de día, después el trueno nos hizo retroceder. Estábamos muy asustados; sin embargo, a aquella señora, no le importaba en lo más mínimo nuestra seguridad.

— ¡Grupo 4: Van a dar diez vueltas al patio y sí alguien se equivoca, todo el grupo comenzará de nuevo!

Las protestas estallaron de inmediato ¿Quién se creía que era para arriesgarnos a correr en medio de una tormenta tan fuerte? La mujer se abrió pasó entre nosotros y nos dijo, alzando la voz suficientemente para darnos a entender que ella estaba a cargo:

— Soy Victoria María Barrera, la directora suplente. Estaré a cargo de la dirección de la escuela todo el fin de año,, en lo que la directora y la subdirectora se recuperan del accidente que tuvieron el día jueves.

Cuchicheamos asombrados, nadie nos había comentado nada. Ahora podía comprender el motivo por el cual, en la cafetería, estaba el ambiente sombrío.

— Aún así, usted no tiene autoridad para ponernos a correr en la noche, y menos con este aguacero — Lucas “Luca” Robledo, el mejor amigo de Alexander, habló por todos — No es justo que seamos castigados cuando, la mayoría, ni siquiera nos habíamos percatado que estaba Maximiliano peleando con otro estudiante. Así que debería castigarlo a él, no a nosotros.

— Sí algo nos ocurre, usted deberá asumir las consecuencias de su decisión absurda. — Aranza, con todo el cabello pegado a la cara, se mostró firme respaldando a Luca.

— Miren, estudiantes, tienen un minuto para comenzar a dar las diez vueltas o pasarán toda la noche aquí. — La mujer no cedía, los truenos y relámpagos eran constantes.

Yo estaba al borde del llanto ya, me traían malos recuerdos aquellos

sonidos. Amy me sostenía el brazo.

Todos estábamos empapados, titiritando de frío.

— Me va a disculpar, pero Alek está recién operado y no puede dar diez vueltas — Luca replicó otra vez — Es abusivo lo que usted está haciendo con nosotros.

— ¡Sí! Es peligroso estar bajo la lluvia, con tormenta eléctrica y más con tantísimos árboles a nuestro alrededor — Amy también se unió a la protesta.

— No solo es peligroso — dije. — Es irresponsable, una clara violación a nuestros derechos como estudiantes, nos está poniendo en riesgo.

— Esto es totalmente intencional, parece que busca que ocurra un accidente, o enfermemos, señora — Alexander habló alto y claro. — Y no pensamos dar diez vueltas y asumir una reprimenda que no nos corresponde.

— Sí esto llega a las altas autoridades educativas del país, créame que se le acaba la carrera. En ninguna escuela, ni pública ni privada, exponen a los alumnos a realizar actividades mientras llueve, es peligroso. — Serafina sentenció.

— Es una escuela, no la milicia ¿Quiere que sostengamos cuchillos o nos pongamos bajo los árboles? — Anastasiya, con su fuerte acento ruso, gritó. — Me opongo terminantemente.

Otro rayo cayó, se escucharon gritos aterrados. En ese momento, unos profesores se acercaron, fue como sí todo mi grupo se hubiera puesto de acuerdo para hablar al mismo tiempo. Nuestra profesora de alemán y profesora responsable del grupo, Grettel Müller, hizo que guardáramos silencio:

—Estudiantes, se van directamente a sus dormitorios, asegúrense de poner la ropa mojada a secarse en la lavandería.

— Podrá ser la responsable del grupo, pero yo soy la directora en este momento — vociferó la mujer.

— Y yo soy el encargado de disciplina en el colegio — respondió un hombre. — Y los chicos del grupo 4, junto con el resto de estudiantes, van a volver a sus habitaciones. Mañana será otro día.

Me agaché para recoger el bastón de Alexander, al alzarme pude ver sus hermosos ojos, los cuales nuevamente se veían tristes, el cabello oscuro estaba pegado a su frente. Sentí que ya había estado en una situación

similar con él; me recordé que era básicamente imposible, apenas nos acabábamos de conocer y yo no creía en el amor a primera vista o reencarnación. Así que simplemente me aferré a pensar que era una mera coincidencia. Mamá tenía razón: Yo estaba demasiado sensible y estaba imaginando situaciones.

— Muchas gracias, Ivonna. Ve pronto a cambiarte o enfermarás, descansa — su voz se escuchaba entrecortada. Dio la media vuelta, se fue cojeando lentamente.

Era muy evidente que la humedad y frío le habían causado dolor en su pierna.

Lo miré alejarse, mi corazón se encogió: hubiera querido ayudarlo, pero no me atreví, no deseaba hacerlo sentir mal o que pensara que sentía lastima. Su delgada silueta se perdió entre las de los otros estudiantes, quienes se apresuraban a volver adentro.

El cielo parecía caerse sobre nuestro colegio. El viento soplaba con una mayor velocidad; ahí estaba yo parada observando todo y sintiéndome extraña; nuevamente estaba sobre un charco de agua con las ropas empapadas en medio de la noche.

Fui de las últimas en abandonar el patio, mientras me dirigía al dormitorio comencé a reflexionar sobre mi vida en los últimos meses. Gruesas lágrimas escurrieron por mis mejillas mezclándose con las gotas de agua que chorreaban provenientes de mi cabello. Dentro de mi cabeza, los pensamientos dolorosos estaban convirtiendo en un verdadero caos.

— Bajo la lluvia te ves linda, aunque hayas protestado enérgicamente en mi contra.

Maximiliano estaba parado delante de una banca metálica, aún llevaba la ropa mojada, me dirigió una mirada extraña. Sentí una patada en el estomago. No sé sí fue una ráfaga de viento o miedo, pero un escalofrío intenso recorrió todo mi cuerpo.

Traté de ignorarlo, continué caminado hasta que sentí que tomaban mi brazo, volteé y él estaba tras de mí, con sus ojos tan oscuros como el carbón, su labio estaba hinchado. Se acercó hasta que su boca rozó mi oreja izquierda para murmurarme:

— Buenas noches… No te enamores de mí.

Sonrió extrañamente, no pude entender sí era una sonrisa sumamente

seductora, malévola o ambas.

Me zafé de su delicado agarre, caminé fingiendo que no tenía miedo, ni estaban temblando mis piernas. Por primera vez en toda mi vida, una capa de oscuridad estaba siguiéndome.

Subí corriendo las escaleras del dormitorio, entré inmediatamente al baño para quitarme la ropa mojada. Mientras me desnudaba, por un minuto me sentí fuera de la realidad, sin saber sí estaba despierta o dormida, las piernas se doblaron y quedé en arrodillada en el piso llevándome las manos frías al rostro.

Todo parecía demasiado oscuro.

Capítulo 8

Capítulo VIII

"Los remordimientos se adormecen en la prosperidad y se agudizan en los malos tiempos."

Jean Jacques Rousseau.

Cuando fui a acostarme, el miedo se había apoderado de mí ¿Qué le pasaba a ese chico raro? ¿Por qué parecía que disfrutaba haciendo sentir mal a otros? A pesar que era una estudiante nueva, me repetí que no iba a permitir que me intimidara. Pensando en varias soluciones, me quedé medio dormida, aunque no logré conciliar un sueño profundo.

Toda la noche me la pasé dando vueltas en la cama: mis sueños eran aterradores pues Maximiliano estaba en ellos. Desperté varias veces agitada y al borde del llanto. Mi frente estaba escurriendo en sudor.

A las dos de la mañana desperté para beber un poco de agua, estaba temblando pues las pesadillas horribles se apoderaron de mi mundo onírico. En ellas, un hombre vestido con una gabardina negra, me perseguía sin parar, a través de un bosque tenebroso en medio de la noche llena de bruma y humedad. Cada que yo intentaba escapar él iba tras de mí. Me tomaba del tobillo con fuerza diciendo que debía amarlo hasta sangrar.

— ¡Tienes que amarme! ¿Entendiste? Eres mía y lo serás hasta que te conviertas en cenizas...

Desperté antes de que sonara la alarma. El corazón latía rápidamente, mi rostro estaba bañado en sudor al igual que mi espalda; tenía una sensación de sequedad en la boca y la garganta. Encendí la lámpara dándome cuenta que estaba en el colegio. Me llevé las manos a la cara echándome a llorar. Tenía tanto miedo, quería escaparme donde nadie pudiera encontrarme.

Durante la mañana me sentía sumamente aletargada y mareada por la falta de un buen descanso. Las rodillas me dolían bastante; para colmo el día estaba totalmente nublado y hacía muchísimo frío. Las horas transcurrieron con una lentitud desesperante para mí, anhelaba irme al dormitorio para poder dormirme temprano.

No era la única estudiante que se veía como un zombie: ninguno de mis compañeros parecía haber podido dormir bien. Varios estaban bostezando o tomaban micro siestas entre clase y clase. Los exámenes comenzarían

en pocas semanas, aunque eso a nadie pareció importarle.

Nadie tenía ánimo para quejarse por la injusticia que habíamos vivido, pero apenas repusiéramos fuerzas, era obvio que protestaríamos. O al menos eso creía yo en aquel momento.

Leta, quien desde el desayuno se veía bastante desmejorada y fatigada, comenzó a dar síntomas de estar resfriada durante la tercera clase. Así que el profesor de Cálculo (un hombre alto, de unos 30 años, impecablemente vestido y bastante quisquilloso), decidió enviarla a la enfermería, temiendo un contagio. Media hora después, Leta volvió ya usando un cubrebocas, entregó un justificante, tomó sus cosas y se fue a su habitación por indicación de la doctora.

El resto del día, Amy y yo la pasamos juntas, aunque casi no hablamos. Ella tenía un fuerte dolor de cabeza que no cedía ni con los analgésicos. Ambas comimos poco, no teníamos nada de apetito. Sabíamos que podíamos habernos contagiado del virus del resfriado.

Conforme iban pasando las horas, mis ojos estaban cada vez más llorosos e irritados. Hice mis tareas y avancé en las lecciones de alemán e italiano en mi habitación. No me arriesgaría a contagiar a Alexander, quien tampoco estaba disponible ese día. Había ido, tras el fin de las clases, a sus sesiones de fisioterapia.

A las siete de la noche, mi nariz estaba congestionándose, temía estar enferma. Me di un baño tibio y me preparé un té de canela con limón y azúcar. Me arropé lo mejor que pude. Esa noche no bajé a cenar al comedor, ni siquiera sé a qué hora me quedé dormida, tenía muchísimo sueño.

El día martes también amaneció muy nublado y la temperatura era más baja aún. Mis compañeros parecían un poco más descansados aunque Serafina, Ji Yeon, Aranza, Luca, Martín Altamirano (otro amigo de Alexander) y Si Yeon estornudaban sin parar casi al finalizar las clases, por lo cual fueron enviados a la enfermería; ellos también estaban resfriados.

Leta estaba en reposo, sumamente enferma.

Amy y yo nos comunicamos por mensaje con ella, insistimos en llevarle comida, pero ella se negó. Decía que le dolía mucho pasar la comida por la garganta. La doctora fue a verla y le dio otro medicamento para bajar el dolor, la irritación y el malestar.

Amy y yo comimos una sopa caliente con un poco de ensalada y pan, no

teníamos mucha hambre.

Tras comer, volví a mi habitación. Mientras intentaba hacer mi tarea escuchaba estornudos continuamente.

Antes de los ocho de la noche mis ojos ardían, tenía una sensación de arenilla en ellos. Tenía la nariz muy congestionada de un lado; unos minutos después, un dolor en la sien se apoderó de mí, se extendiéndose hasta el oido y cuello.

Esperaba que en el comedor dieran alguna sopa caliente para cenar, así que saqué mi botecito de chile en polvo. Cuando ya iba a bajar a cenar, vi que mis compañeras estaban paradas en la puerta del edificio.

La prefecta nos dijo que el grupo estaría bajo observación. Otros compañeros también estaban enfermos.

— Vuelvan a sus habitaciones, les enviarán la cena. No las quiero que anden regando el virus por todo el colegio. Los utensilios de cocina los dejarán remojando en agua jabonosa toda la noche.

Amy rodó los ojos. Anastasiya negó con la cabeza.

Mientras subía las escaleras, sentí unas punzadas extrañas en las articulaciones tan intensas como las que sufrí la noche del accidente. No podía tolerar el dolor así que la doctora fue a revisarme para recetar medicación.

— Mañana estarás mejor, Ivonna. Sí necesitas algo, me llamas, por favor. Ahora date un baño tibio y descansa.

Media hora después, dos trabajadores del comedor nos dieron una olla con sopa caliente de fideos con verduras, arroz rojo, gelatina, yogurt y pan dulce.

Anastasiya, Amy, otra compañera llamada Vivian Jáuregui y yo cenamos en completo silencio. Luego lavamos los platos y metimos la comida al refrigerador.

— Exageración al máximo — dijo Vivian — Solo debemos dejar los trastes con detergente unos minutos más.

Estaba acostada y a punto de dormirme cuando recibí una notificación del chat de mi clase:

Literalmente nos pusieron a todo el grupo en cuarentena desde esa noche. Aunque en otros grupos había algunos estudiantes enfermos, ninguno

tuvo tantos contagios como el nuestro.

Para jueves, todo el grupo estaba enfermo incluyéndome.

Nunca me había sentido tan mal en mi vida por un resfriado. Quería volver a mi casa. Mamá se opuso argumentando que el cambio de ambiente me podría poner peor y complicarlo a una bronquitis o neumonía.

Para colmo, un huracán amenazaba con convertirse en categoría 4 en el Pacífico mexicano. No había dejado de llover desde la noche del miércoles.

— Tienes que mantenerte hidratada y descansar, hija. Sí te expones a la lluvia, te vas a poner peor. Escucha cómo toses… ¿Te duele tu costilla?… Toma el medicamento que te dio la doctora ¿Tienes miel?... Pues te tomas una cucharada de miel con el té, le pones limón, pero no mucho… Mira nada más lo que pasó por culpa de la loca directora. Muy mal, pero esto no va a quedarse así.

No pude convencer a mamá de volver a casa, en parte la entendía: podía contagiarlas, y eso era lo menos que deseaba. Además tenía ya fiebre, ni siquiera tenía fuerza para levantarme de la cama.

Por intervalos, abría mi ventana para ventilar la habitación. El olor a tierra mojada y el viento frío entraban.

La noche del jueves, el sonido de los estornudos continuos y la tos se incrementaron en todo en el dormitorio.

Mi cabeza dolía horriblemente. Volteé hacia el buró para llenar el vaso con agua, pues tenía mucha sed. La jarra de cristal ya estaba vacía.

— Maldición — me puse las pantuflas refunfuñando.

Arrastrando los pies, caminé hacia la cocina, el censor de iluminación se encendió al detectar mi presencia en el pasillo. Parpadeé, era demasiado brillante para mis ojos irritados.

Aunque me había puesto el cubrebocas, no pude evitar estornudar, ni siquiera alcancé a tapar mi nariz y boca con el antebrazo. Punzó mi cabeza como sí hubiera recibido un golpe.

Vi que la luz de la cocina estaba encendida. Vestida con su pijama y un suéter rosa claro, Anastasiya se estaba preparando un té. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Su cabello estaba trenzado, también estaba

usando un cubrebocas.

— ¿Cómo sigues? — le pregunté dirigiéndome al garrafón de agua.

— Mal, me duele la espalda, muy cerca de los pulmones… — Me miró, tenía la cara enrojecida por la fiebre — ¿Y tú?

— Igual, mal. Me siento fatal…— Vacié agua en mi jarra, después abrí la alacena para sacar la miel.

— Me quedó muy caliente el té, tendré que ponerle agua fría, ¿Me regalas tantita, en esta taza, por favor?

Le serví agua, ella le dio un sorbo. Después puso cara de asco, tuvo una fuerte arcada, que le hizo agacharse como sí alguien la hubiera empujado.

— ¿Estás bien?

Asintió, tosiendo fuertemente. Sacó papel de su bolsillo y se limpió la nariz, que empezó a escurrirle.

— Prueba el agua y dime a qué te sabe.

Vacié agua en un vaso, después di un largo trago.

Tenía un sabor sumamente amargo. Era desagradable. Ninguna de las dos sabíamos sí tenía algún olor, pues nuestras narices estaban congestionadas.

— ¡Ay, qué asco! — El sabor se había quedado en mi lengua.

— Tendremos que hervir el agua de la llave, no podemos beber esto. No sé dónde dejamos las gotas para desinfectar.

Aranza apareció en el lugar, lucía fatal: Sus labios y nariz estaban enrojecidos por sonarse y limpiarse constantemente.

— ¿De qué hablan? — Su voz sonaba gangosa.

— Prueba el agua. — Tras lavarse las manos, Anastasiya le ofreció un vaso de agua.

Aranza hizo pucheros tratando de tragar.

— ¿Qué diablos le pusieron? ¡Sabe horrible! ¿Han enloquecido?

Nastya tenía razón: el agua tenía un sabor extraño.

Decidimos hervir el agua, Nastya y yo pusimos dos ollas con agua sobre el fuego; Aranza pegó una nota en el garrafón advirtiendo a las demás.

La dejamos enfriando sobre la encimera. Eran casi las once de la noche. Estábamos rendidas y enfermas.

Volví a mi habitación, justo cuando estaba por conciliar el sueño, se fue la luz.

— Maldición, esto es lo único que me faltaba.

Fastidiada, me levanté a ver sí era solo en mi habitación el fallo o en todo el campus.

El apagón fue general, así que regresé a mi cama para intentar dormir. Todo estaba sumamente oscuro, no lograba ver nada desde la ventana. La niebla estaba empezando a bajar desde la montaña. Cerré bien la cortina.

Me recosté en la cama arropándome, el té herbal endulzado con miel que Nastya había preparado, me cayó de perlas. Pude tomar el medicamento antiinflamatorio que nos recetaron. Aún tenía fiebre alta.

Apenas había cerrado los ojos, cuando escuché un ruido fuerte, como un chillido extraño, proveniente de la azotea.

Se hizo un breve silencio. Oí que alguien estaba en el pasillo de nuestro dormitorio caminando apuradamente. Cuando los pasos se alejaron, escuché arrastrar algo pesado por la escalera. Me aferré a mi edredón, pensando que mi mente estaba jugando en mi contra. Quizá estaba soñando. Quizá estaba ardiendo en fiebre y no lo había notado.

El sonido continuó por aproximadamente un minuto. Era imposible que no temblara de miedo. Todo quedó en el sepulcral silencio nocturno por un buen rato.

Oí que alguien caminaba rápidamente por el pasillo, lo primero que se me ocurrió fue taparme la cara. Estornudé fuertemente. Me llevé las manos a la boca, dándome cuenta de mi error.

Capítulo 9

Capítulo IX.

Los pasos se acercaban más y más, dirigiéndose hacia mi habitación. Contuve la respiración unos segundos, deseando que se dirigieran a otro lado.

— ¡Por favor, Diosito, cuídame! —Supliqué mentalmente.

Abrieron la puerta de mi habitación, apreté los labios pensando que iba a ocurrirme algo espantoso. Yo ya había pasado por mucho en los meses recientes, no deseaba más tragedias en mi vida.

— Iv, soy yo, Amy — su voz sonaba llorosa — ¿Estás despierta?

— Sí — musité al borde de un ataque de nervios. Por un segundo me sentí aliviada — ¿Qué pasó, Amy? ¿Te sientes mal?

— Estoy bien… ¿Escuchaste eso? Fue horrible. ¿Puedo pasar?

— Sí — respondí. Amy cerró tras de sí, y se sentó junto a mí. Alumbré con la linterna de mi celular: ella llevaba una manta, su cubrebocas y su almohadón.

— ¿Puedo quedarme a tu lado, Iv?

Asentí, se metió en la cama, ambas estábamos titiritando de miedo. Platicamos en voz baja un rato tratando de infundirnos valor. En algún momento, nos quedamos dormidas. La nariz tapada no me impidió soñar profundamente, en mis sueños un joven vestido de negro me perseguía e iba a tomar mi tobillo. Yo gritaba diciéndole que me soltara o la pagaría.

¡Zaaaaaaaz!

Un azotón brutal sobre la puerta de emergencia irrumpió en la madrugada. El impacto hizo que, Amy y yo, despertáramos aterradas respirando rápidamente. Literal brinqué del susto que me llevé, fue un milagro que no me cayera de la cama.

— ¡Ayyyyyyyyyyyy! — era inconfundible el acento de esa voz femenina.

Nastya era quien gritaba lastimeramente, como si estuviera sintiendo un gran dolor.

Ambas nos paramos inmediatamente, tomamos nuestros celulares encendiendo la linterna para alumbrarnos. Tomé mi paraguas, el cual

estaba cerca de mi puerta, dispuesta a defendernos.

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento helado nos golpeó, un potente olor a tierra mojada se colocó a través de mi nariz tapada. El sonido intenso de la lluvia me puso nerviosa.

— ¿Qué pasa? ¿Qué fue eso? — Preguntó Aranza, que caminaba tambaleándose — ¿No hay luz aún?

— ¿Todas están bien? — Leta salió de su habitación dirigiéndose hacia nosotras.

Iluminando el pasillo, vimos la silueta de Nastya arrodillada con la cabeza inclinada hacia el frente.

Al acercarnos a ella, su rostro mostraba un fuerte golpe a la altura de la frente, gruesas lágrimas escurrían por sus mejillas. Aranza cerró la puerta, extrañada de encontrarla abierta.

— Nastya, ¿Te duele mucho? — Pregunté, ella se mecía llorando, el dolor era tan intenso que ella no podía ni hablar, solo temblaba. — ¿No puedes hablar? Con tus dedos, del uno al cinco, siendo uno el mínimo y cinco el máximo ¿Qué tan fuerte es el dolor? Chicas, llamen a la enfermera mientras, por favor.

Nastya alzó los cinco dedos.

— Nastya, ya van a llamar a la enfermería, déjanos ayudarte a ir a tu habitación, ¿Sí? — Le dije.

Si Yeon trataba de calmar a Nastya, acariciando su cabello. Amy le estaba colocando un trapo frío, con cuidado, en la frente.

Llamamos a la enfermería.

La doctora nos respondió que vendría cuando la lluvia amainara, pues el viento era demasiado fuerte. Tratamos de mantener la serenidad. No podíamos entrar en pánico todas al mismo tiempo. Nastya necesitaba ayuda.

La luz no regresaba en ninguna parte del colegio. Los truenos y relámpagos eran constantes, yo estaba tan alterada que me era imposible dejar de temblar. Además, los fuertes accesos de tos me provocaban dolor en mi estomago y pecho. Me costaba respirar con la nariz tapada.

Con mucho cuidado, considerando que todas estábamos enfermas y

débiles, Si Yeon, Amy, Aranza y yo llevamos a Nastya a su habitación.

Se quejó al recostarse sobre su almohada, la tapé con su cobertor con delicadeza. Ninguna de nosotros se atrevió a dejarla, teníamos demasiado miedo para mantenernos separadas.

De la cocina, Leta trajo una vela para iluminarnos mientras estábamos esperando. El tiempo parecía transcurrir lentamente.

Anastasiya nos decía, susurrando, sentirse mareada por el golpe, Ji Yeon le colocó nuevamente el paño húmedo en la frente.

— Nastya, hermosa, no te preocupes — Si Yeon le tomó la mano suavemente — Sabes que estamos contigo siempre. No debe tardar la doctora.

Me senté en la silla, la habitación de Nastya estaba sumamente ordenada. En medio de la penumbra, pude ver retratos en el tocador y algunas figuritas decorativas en su escritorio.

— ¿Qué pasó, Anastasiya? — preguntó Aranza antes de tener un ataque de tos y estornudos. La chica se inclinó, llevándose los brazos al estomago.

— En medio de mis sueños escuché ruidos en la puerta, así que me levanté a ver qué pasaba, caminé por el pasillo y después sentí un golpe sobre la frente, alguien salió corriendo por la escalera de emergencia. Es todo lo que sé.

Todas empezamos a sacar conjeturas: el agua con un sabor amargo, y los sonidos en la azotea, el pasillo y la puerta.

— Dirán que soy una mal pensada, pero desde que llegó esa mujer al colegio han pasado situaciones extrañas — Vivian Jáuregui estaba sentada justo en el borde de la cama de Nastya — Desde el domingo, cof, cof, cof… Disculpen…Nos arriesgó bajo la tormenta, se puso del lado de ese idiota antisocial, solo nuestro grupo enfermó por completo. Y ahora ocurre esto.

— Tienes razón, Viv. — Aranza asintió con la cabeza, su cabello estaba trenzado de lado — El agua sabía horriblemente amarga.

— Definitivamente arrastraron un objeto muy pesado en la azotea. — Amy señaló. — Es increíble que solo nosotras nos hayamos despertado.

Estuvimos largo tiempo hablando sobre posibles explicaciones a lo vivido. Mi voz sonaba sumamente ronca, la nariz me picaba. Seguíamos tosiendo y estornudando, no nos podíamos quedar dormidas hasta que vinieran a

revisar a Nastya.

A las cinco de la mañana, la lluvia se detuvo. Minutos después, la doctora y la prefecta Ana María estaban ya en el dormitorio.

Nos pidieron salir, pero ninguna se movió. No íbamos a dejar a Nastya sola.